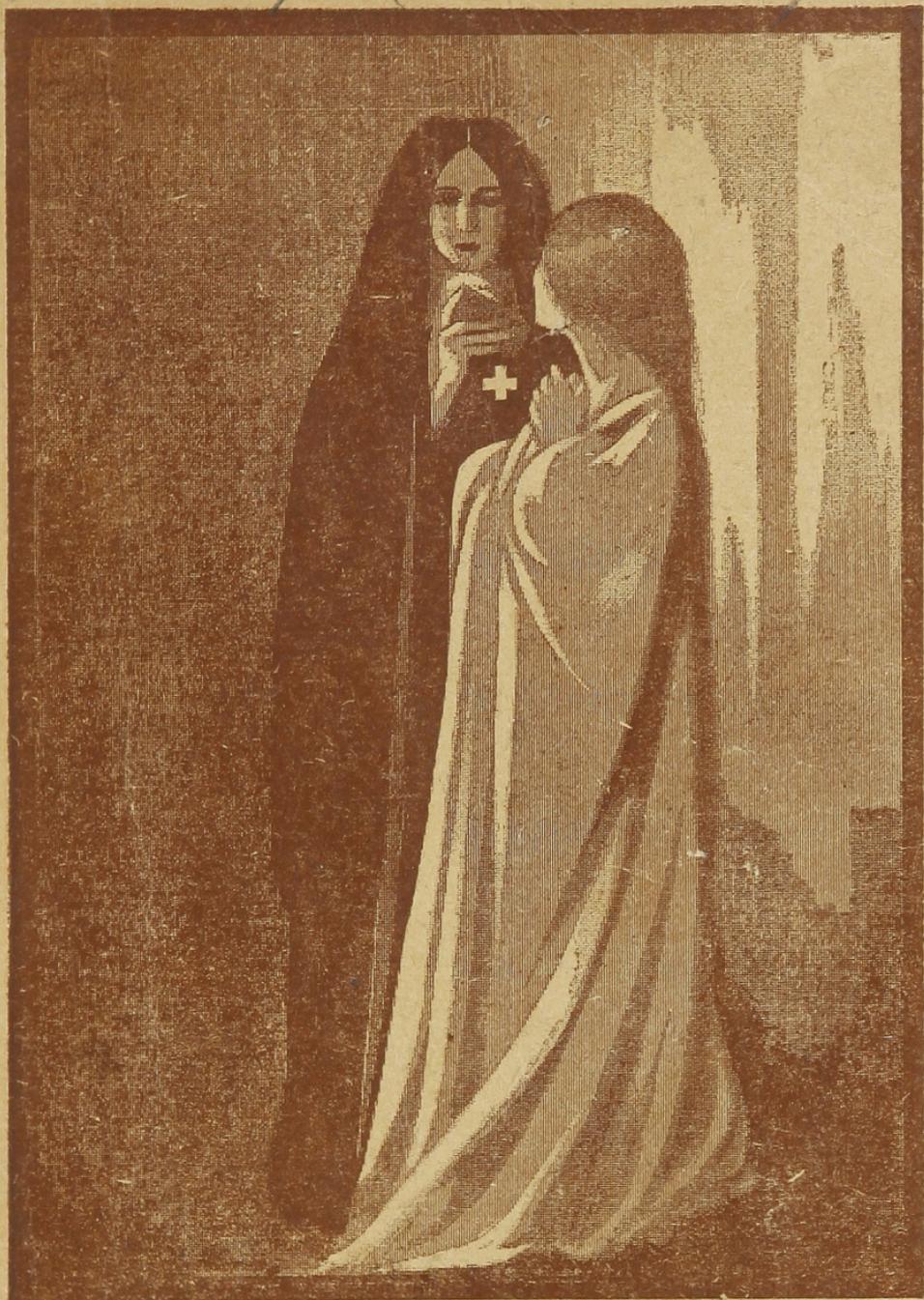


11 (378-27)



Tragedias de la Realidad

**ESTE LIBRO SE VENDE
A BENEFICIO DEL REFUGIO DE MISERICORDIA
DE LA CRUZ BLANCA.**

Tragedias de la Realidad

FOR

2873

ADELA EDWARDS DE SALAS



SANTIAGO DE CHILE

SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO

==== 1930 ====

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**



Mujer cuyos ojos piadosos van a posarse sobre estas páginas, acuérdate de todas las infelices de tu sexo que están proximas a rodar al precipicio. Todos somos o manos que empujamos brutalmente al vicio, o manos egoístas que no tendemos a tiempo.

A mis hijos y mis nietos:

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, estas páginas que son mi canción de dentro, como música suave los envolverá en tiernos recuerdos de tiempos lejanos, y les seguirá hablando a sus corazones vivos, ecos de mi misma sangre.

DONDE NACIO ESTE LIBRO

Sale este libro al encuentro del público para contar historias de dolores y grandes miserias humanas. Sale como mensajero de seres que sufren y necesitan mucha ayuda moral y material, y mucha misericordia y comprensión piadosa.

Pide la limosna del corazón, de la simpatía, del calor de caridad, para la Cruz Blanca, y quiere interesar en su obra a los estadistas, a los jueces, al gran público, a fin de que no falten a esa institución en ningún momento, como hasta hoy no le han faltado, el auxilio y la cooperación de los que comprendan su importancia social, sea en la forma de concurso personal, sea en la de ayuda pecuniaria.

Apenas es necesario repetir aquí lo que tantas veces se ha dicho y lo que todo el mundo sabe ya sobre la Cruz Blanca. De entre las instituciones sociales nacidas en los últimos años, no hay otra que tan rápidamente se haya impuesto a la simpatía universal; pocas han logrado como ella interesar a los pensadores y a los simples testigos de los fenómenos que la vida nos presenta a

cada paso, a los que estudian y a los que viven una existencia de acción y de lucha, a los gobernantes y a los obreros, a las damas y a los profesionales.

La Cruz Blanca, tiene, ante todo, su Colegio de Preservación y Reforma en que recoge a centenares de jóvenes a quienes es preciso defender de peligros graves para su moral, o corregir cuando han sido contaminadas por la vida en los ambientes del vicio y comenzado a rodar por la pendiente.

El Hogar Javiera Herrera, regentado por la Cruz Blanca y dependiente de la Dirección General de Menores, recibe a niñas de 7 a 12 años privadas por diversas circunstancias de la protección de la familia y cuya educación corre peligro cierto de ser maleada.

Por último su Refugio de Misericordia es una pre-maternidad donde mujeres—niñas que serán madres hallan un refugio piadoso, un abrigo contra el huracán de pasiones que las arrastró o contra el abandono que las dejó solas cuando más necesitaban una palabra que les diera fuerza moral. Y junto a esa sección, pero separada de ella, están las salas de hospitales destinadas a las enfermas de trascendencia social, las víctimas fisiológicas de grandes miserias morales. Y, más allá, el Asilo de Temperancia donde ojalá fuera posible llevar a los centenares de mujeres que el vicio del alcohol devora y convierte en amenazas para el futuro de la nacionalidad.

Este libro, para dar a conocer la obra que la Cruz Blanca realiza, cuenta simples historias vividas, que parecen tragedias inventadas por una imaginación poderosa y no son sino páginas de vidas que reclaman una inmensa piedad humana y una ardiente caridad divina. Nada hay aquí que sea creación de la fantasía. Su autora no sólo carece de toda pretensión literaria, sino que apenas quiere considerarse el relator ante el Tribunal de la opinión pública y ante los corazones generosos, de estos procesos de amargura y en los cuales vemos agitarse atormentada y enferma a una triste humanidad que vive a nuestro lado.

Son historias vividas en la calle, en el lupanar, en los juzgados del crimen, en las audiencias de policía, a veces también en torno nuestro y muy cerca de donde parece que sólo deberían imperar la moral y la limpieza.

De todos los bajos fondos han salido estas jóvenes. No todas nacieron en ellos y muchas llegaron hasta ellos tras de miserables aventuras que la Cruz Blanca rastrea y estudia para examinar cada caso en su justo valor y cada llaga en su profundidad exacta.

Niñas caídas, jóvenes abandonadas por padres, por esposos, por la familia a cuyo cargo quedaron en la orfandad; jóvenes en quienes la miseria y hasta el hambre hicieron presa fácil e indujeron al comercio innoble; víctimas de herencias en que de generación en generación se transmiten agravados los vicios o su predisposición.

La autora ha escrito sin intento literario. Pero como todo lo que viene de un espíritu culto y nobilísimo asistido por un gran corazón, estas historias tienen además de su mérito documental para conocer nuestro estado social, positivas bellezas artísticas que revelan a un escritor espontáneo.

Hay en los capítulos de este libro una emoción a que ningún hombre con sensibilidad puede escapar. Hay un arte de decirlo todo como reprimiendo sollozos y sin descender a los detalles repugnantes inevitables en estas tristes peregrinaciones por el dolor y la miseria.

Y es que nada repugna a las almas puras y limpias. Ellas pueden vivir en compañía de tales miserias y llegar a amarlas porque representan el dolor humano, porque son el campo del amor al próximo, porque fueron bendecidas por la piedad amorosa, de Aquel que en la cruz redimió con sangre.

Se dignifica el vicio cuando la caridad, fuego purificador, lo toca con su llama eterna. Y el consuelo de redimir, de salvar, de prevenir, es la única recompensa y es recompensa grande y gloriosa para almas como la de la autora de este libro.

Ha dicho San Pablo: “Se siembra en corrupción; resucitará en incorrupción... Es sembrado cuerpo animal; resucitará cuerpo espiritual”.

Para esta siembra pide Doña Adela Edwards de Salas, presidenta de la Cruz Blanca y alma de

sus obras, nuevos operarios. Esta labor social no puede ser tarea de un solo individuo, aunque sean tan grandes sus energías de caridad y tan vigoroso su espíritu como el de la Presidenta de la Cruz Blanca. Institución tan vasta y de tan amplio alcance debe ser resultado de la cooperación de toda clase de gentes, porque a todos nos afectan los males que rondan en torno nuestro, y a todos nos toca el deber en conciencia de procurar su remedio o al menos su atenuación, y si fuera posible su prevención que vale mucho más y es uno de los fines principales de la Cruz Blanca.

Coja el lector este libro con la certidumbre de que la autora suscitará una emoción sincera en su alma, lo ganará para la causa en que se la ve luchar con denuedo, sin vacilaciones, con inteligencia clara y un corazón que vale por todos los argumentos y todas las razones.

C. SILVA VILDOSOLA.



LA NIEVE Y LA CHARCA

El símbolo

En el horizonte elevábanse erguidas las montañas con su blanco manto de nieve, haciendo resaltar más su nivea blancura, el fondo azul casi negro del cielo.

La ciudad abajo entregábase a los placeres. La oscuridad todo lo envolvía y parecía querer esfumar en sus tintes grises, la plateada blancura de la nieve. Dormía ésta arrullada por el suave rumor del cierzo de las cumbres, entregándose a todos los ensueños de la soberbia de la altura, y no a alturas de gracia donde amorosamente velara al murmullo del Sol en sus amores.

Era noche de tinieblas, a pesar de las luces con que la ciudad allá abajo ardía. Luces artificiales, fuegos fatuos que se apagarían al primer destello del Sol naciente. Luz divina que aleja sombras de muerte y de egoísmo y que extiende sus rayos por todo el universo.

El azul negro fué esfumándose en tintes más claros; las luces de abajo fueron una a una

desapareciendo, tiñóse el horizonte de amarillo, oro y grana, tenues primero, intensos luego, y asomó por sobre uno de los picachos de la montaña el Astro Rey.

Las cumbres dejaron la noche de las tinieblas y entraron de lleno a los resplandores de la naciente alborada. Y no por falta de vigor de la luz de la aurora, sino por flaqueza de sus entenebrecidos abismos, la nieve no atinó a ver en los principios sino sólo un gran bulto de claridad, una nube toda ella resplandeciente por igual. Y levantándose para elevarse más y recibir mejor los rayos del centro luminoso que acababa de adivinar; al acercarse, notó que dormía en oscuridades de noche, y vió en la masa informe, blanca, huellas extrañas, vestigios de lo que a ella lograra alcanzar, a pesar de estar tan encumbrada, que en el horizonte parecía rozar el cielo. Eran pisadas de cóndores y aves de rapiña que, osados habían logrado llegar hasta allí, despojando a la nieve de su primitiva pureza. Y con sobre añadidura de luz del Sol encendido con la lumbrera misma de la divinidad, vió que la nieve no era ni pura ni blanca, y que para subir hasta esa luminosa claridad de aquel único Sol, era locura elevarse, pues era necesario bajar antes, y bajar hasta hacerse nada. Y allá en las soledades y aislamiento en donde sólo se siente el batir de alas aquilinas de elevado vuelo, un ruido extraño como gemido de conmoción inacostumbrada, rompió el monótono silencio de la

altura, y la nieve de la cumbre fué perdiendo su habitual apacibilidad, adquiriendo vida y movimiento con la que del Sol recibiera, y liquidándose perdió su opacidad y su primitiva frialdad y bajó convertida en agua cristalina por entre despeñaderos, perdiendo para siempre su inmovilidad habitual.

El hilo cristalino descendió y se fué haciendo más grande, a medida que la nieve recibía mayor calor del centro luminoso del Sol, y liquidándose más siempre, pasó a ser algo más tenue, más cristalino y menos material.

Bajó primero con gran dificultad. ¡Era tan elevado el lugar en el cual Dios la colocara como blanca nieve! Allá arriba todo lo tenía! ¿A qué deslizarse por entre despeñaderos donde al liquidarse dejaba parte de sí misma? ¡Y al llegar abajo, al abismo, qué sorpresas de miseria la aguardaban! Y en tanto pensaba esto, bajaba y bajaba entonando un canto extraño, no aprendido, que ella no conocía; y sentía que nada podía hacer para contrarrestar la fuerza superior que la impelía a liquidarse cada vez más, haciéndose más y más inmaterial, y a descender y descender en murmullo de quejido, sin mirar, sin sentir otra cosa que la fuerza del calor que de arriba recibiera, liquidándola casi a su pesar.

Llegó al prado, miró las flores irguiéndose lozanas sobre su tallo; aspiró el olor de los rosales, espinos y tomillos, escuchó el canto de madriga-

les de la enramada, sin que todo esto lograra detenerla en su camino, ni apagar el sonido de su canto de dolor, pues no era para fertilizar esos campos la liquidación que del Sol recibiera, y pasó siempre con su inmutable murmullo melancólico, hasta llegar a la ciudad, incesantemente impulsada por una fuerza superior...

Allí, en una callejuela oscura, había un charco de agua detenida; agua que el lodo había hecho putrefacta, y esperaba contra toda esperanza que un rayo de Sol y un agua cristalina, descubrieran que también su origen era creación divina. En un día no lejano fué blanca nieve que bajó al lecho donde envilecida yacía, esperando siempre que el Sol bajara hacia ella con un rayo, o que un hilo de agua cristalina, en su murmullo de dolor la liquidara, ayudándola en su ascensión a llegar hasta El.

Impelido por fuerza superior, siempre, el hilo cristalino se unió a la charca detenida.

Y esa agua oscurecida, al unirse al agua pura, el azul del cielo reflejó en su centro.

Y como en un espejo claro, el Sol penetró por entre el fango y el agua.

Al besar el Sol el agua impura convertida en fuente cristalina por el hilo de agua clara, ambas aguas unidas ya para siempre copiaron, con igual intensidad, la luz maravillosa de los cielos.





LA NIÑA DE LOS PIES DESCALZOS...

Era invierno y hacía una noche crudísima. ¡Vaya un tiempo abominable! exclamaban dos señoras, arrebuñadas en el interior de un auto que paró al frente de una casa, en una calle central de la ciudad.

Una mujer se acercó:—Señora, dijo: les traigo una niña abandonada, la encontré llorando en la calle, había sido arrojada por sus amos. No tiene a nadie en el mundo, y no sé qué hacer con ella, soy pobre.

—Es la quinta que traen hoy, contestó la señora, unos tienen demasiado y otros demasiado poco; nada se reparte por igual en el mundo, salvo el dolor. Y cómo nos vamos a arreglar para ésta, ya no hay local en la Cruz Blanca, y además no tenemos con qué alimentar las ya recogidas. Nada podemos hacer sin dinero, y, sin embargo, cerrar la puerta a estas chicas, ya sabemos por triste experiencia lo que significa. Y ante la idea de rechazarla, llegó hasta ellas una racha de ese viento que hiela....

Tenía la niña alrededor de unos diez o doce años; su edad justa, no la sabremos jamás. La habían colgado de limosna, un traje de percal que le quedaba grande; y era lo único que cubría su desnudez; ni camisa tenía. Llovía a torrentes cuando nos acercamos a ella; la figura temblorosa e inquieta de la niña se erguía sobre el fondo gris de la bruma, por entre la lluvia y la oscuridad de la noche, como la justificación viva de la miseria y el desamparo. Sus pies descalzos, a pesar de sus cortos años, no habían sino encontrado abrojos en el camino; morados de frío, sangraban.

Las nubes siguen llorando, la niña nos mira fijamente y pudimos entonces leer en esa mirada lo que queríamos conocer: la historia de su alma, pobreza, miseria, hambre y nada más... ¡Qué satisfacción sentimos cuando no hay necesidad de curar y levantar, sino proteger! Son tan pocas las veces que esto sucede, cuando la miseria y el abandono es grande. Puede decirse que entonces tocamos con la mano sus almas. Son horas esas predilectas, transparentes, en que el alma se pone de rodillas asomada a los ojos, tratando de indagar el misterioso secreto de Dios.

No era hermosa, pero tenía algo que atraía, mezcla de franqueza y candor; quisimos saber su historia.

—¿Cómo te llamas?, le preguntamos.

—Ester, respondió.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¡Cómo! dijimos, creyendo no nos había entendido, ¿no sabes tu apellido?

—Yo no sé si lo he tenido alguna vez, nadie me lo ha dicho nunca.

—No te acuerdas entonces de nada, ¿qué recuerdo tienes de más chica, con quién vivías?

—Con una señora Carmen, que hace tres años me dijo buscara donde irme. Ella se iba a servir. Hacía días que veía arreglar sus cosas, y ese día envolvió su cama y se fué dejándome sola.

—¿Qué hiciste entonces?

—He pasado mucho frío y mucho miedo, pero hambre nunca, cuando sentía necesidad pedía en las casas ricas y siempre me dieron de comer.

—¿Y dónde dormías?

—En las puertas, entre la mampara y la puerta de calle, cuando me daban permiso los sirvientes, eso sí que me advertían me fuese temprano, para evitar que el patrón me encontrase durmiendo allí, al salir en la mañana.

—¿Y desde que la señora Carmen se fué, esta es tu vida?

—No, ésta fué sólo mientras encontré trabajo, pedía que de limosna me dieran de comer en el día y cuando llegaba la noche y me daba miedo, me escondía detrás de las puertas de calle. Después me ocupé en esa casa en que el dueño de casa se enojó tanto conmigo, que me pegó con una varilla en la cara y en las piernas, y

me echó a la calle. Llorando estaba sin saber qué hacer, cuando esta señora me encontró.

—¿Sabes leer?

—No sé, señorita, nada, ni las letras conozco.

—¿No sabes quién es Dios?

—¿Qué es eso? Nunca he oído mentar a ese Señor.

—¿Nunca te han enseñado a rezar?

—¿Qué es eso rezar?

Y a medida que íbamos preguntando veíamos que esa pobre criaturita sólo había llevado vida casi vegetativa. De repente se iluminó su semblante con una sonrisa, y nos dijo: «Yo quiero ser buena, ¿por qué no me encierran en unas monjitas?»

Sorprendidas que supiese de monjas, le preguntamos cómo sabía que las monjas eran buenas.

—Es que cuando el dueño de casa me disparó con una tetera por la cabeza y me la rompió, al día siguiente, cuando fuí a hacer las compras a la plaza, y se lo conté a la señora de la carnicería, me dijo que donde yo debía estar era en las monjas, que eran muy buenas, y desde que me dijo eso, yo no he pensado en otra cosa.

—¿Por qué ibas tú a la plaza?

—Era la cocinera, hacía todo.

Sorprendidas al ver una cocinera tan minúscula, le preguntamos cuántos eran los de la casa.

—El patrón, la patrona, seis niñas y tres niños.

—¿Y tú sola hacías todo, y cuánto ganabas?

—Sí, señorita, sé hacer bien de comer, no me pagaban nada, ni me dieron ni ropa, ni cama.

—¿Dónde dormías?

—En un saco, en el suelo de pura tierra de una pieza adentro. Del frío y la humedad me enfermé, pero ya estoy buena.

Mientras más indagábamos en el pasado de esta infeliz criatura, más hondo era el sentimiento de piedad hacia ella, tan pobre, tan chica, tan indefensa, despertándose en nosotras toda la indignación contra los que, abusando de su miseria, la maltrataban y explotaban.

Era muy tarde para llevarla donde ella deseaba; hubimos de alojarla en casa.

Cuando llegó la hora de llevarla a su cama, notamos que tenía un aire de extrañeza.—¿Y esta cama es para mí? me dijo, como dudando.

—Sí, le respondí y ¿por qué dudas?

—Es que, señorita, yo nunca he dormido en cama, es primera vez.

A la respuesta ingenua de la chica, a ese *nunca*, sentí que algo me apretaba la garganta, y que las lágrimas estaban prontas a caer indiscretamente de mis ojos. Dí una media vuelta, y dejé que la chica, sacándose sus andrajos, se pusiera una camisa limpia y se acostase por primera vez en su vida en una cama.

Pero, esa noche, la chica durmió bien en su cama limpia; pero nosotras no pudimos conciliar el sueño. ¡Cuánta miseria hay en la vida! Si

pensáramos un poco más en esto, cómo nos privaríamos de algunas cosas que no son indispensables, para aliviar miserias reales.

La conversación con la chica nos dejó un dejo lleno de amargura. Nos preguntamos repetidas veces esa noche—¿y la madre vive?...

La lluvia caía afuera incesantemente; su ruido monótono y triste sobre los cristales nos sabía a llanto. ¡Qué drama íntimo sería la vida de esa mujer, que así se había apartado de su hija y roto ese lazo—que es tan fuerte—en que se canta a la vida misma, el canto de la donación total! Queríamos huir de la visión y todo acrecentaba la idea tétrica: las tinieblas de esa noche, el frío y la lluvia que caía incesantemente respondían afirmativamente a nuestras cavilaciones de mujer, que conoce las miserias humanas.

¡Ah, cómo sentí en ese momento todo el dolor reunido de las madres desgraciadas de la tierra, y vi levantarse los muros blancos de nuestro «Refugio de Misericordia» y realizado en un momento, en sueños, el vehemente deseo de mi vida entera, refugiarse a muchas, refugiarse a todas las desgraciadas! No soy de las que creen que para ser castas hay que cerrar los ojos sobre realidades crueles. Hay en nosotras, las de la Cruz Blanca, algo superior a esos prejuicios sociales, la solidaridad del sexo, y la infinita piedad de la mujer por la mujer.

En esa madre contemplaba algo que jamás pueden comprender los que no han sufrido, re-

sucitaba un gran dolor, que había puesto un manto de misericordia y melancolía sobre mi vida entera. Y con la lumbre de aquellos ojos tristes de la madre desconocida, miraba hacia dentro el desgarramiento íntimo de las separaciones eternas. Y aquel dolor ajeno era como un eco del mío, clavado en mi alma, cada vez que esa noche pensaba en la inocente criatura, que dormía por primera vez en su vida en una cama, en una casa extraña, arrullada por un corazón de mujer, al que un gran dolor le había hecho comprender el dolor de las otras...



EL REFUGIO

Nada más limpio, más poético, que aquel palomarcito que se levanta inconcluso en despojado, en los alrededores de la ciudad. Sus claustros de albas paredes adornados sólo por estrofas de la más pura poesía mística, necesaria para dar fuego y vida a una obra que va a refugiar todas las miserias humanas. Sólo al calor de bellos ideales se fraguan las almas grandes, indispensables para esta clase de obras. ¿Y quién sería el osado que pretendiese fundar obras como ésta? En la hora cálida del sensualismo de los tiempos presentes, cuando el vaho de las pasiones desbordantes sube con el estímulo del libro, del teatro, del baile al son de la orquesta salvaje con estruendos metálicos, y en que despierta la barbarie de los instintos de la horda que hay en el fondo de toda la humanidad, quisiese, digo, hacer obra sin el amor a lo infinito, a lo grande, lo bello y se empeñase en matar la sed de placeres sin esta agua viva, sería un loco. ¿Quién sin la vida del espíritu se acordaría de los huérfanos, de

los inválidos, de los enfermos, de los moribundos, de la mujer caída?

Sólo para las almas que han puesto su nido en las cumbres, tiene la vida la compensación del sacrificio, sin el cual la vida para ellas es muerte, pues muere quien no sabe negarse a sí mismo, y vive el que sabe buscar la felicidad en el renunciamiento: hay un vínculo misterioso, entre el placer y el sacrificio.

Y allí en ese rinconcito solitario y blanco, bajo el sol generoso de la primavera, en los senderos floridos y cuajados de rosas, lejos del bullicio del mundo, viven refugiados los dos extremos: allí están las que dan todo; y las que reciben todo; las que sin ser madres tienen el poder de amar y defender como ellas; las que sin conocer los amores de la tierra se llevan la mano al corazón y sienten que el costado mana.

Las que con sus manos pálidas y fuertes, son tan hábiles para restañar heridas, como para tranquilizar las almas con la suavidad de sus caricias, haciendo germinar sobre la carne triste y macilenta la alegre ilusión de la vida.

Las que en el renunciamiento a todo, lo han encontrado todo, sin tener nada, y que cada sufrimiento ajeno se ha convertido en propio, haciendo vibrar todas las fibras de la inteligencia y las raíces del corazón. Y allí también están, las que como gusanos escondidos en cálices de azucenas, vienen a refugiarse con los estigmas crueles del dolor y del mal; con todos los cienos

espirituales y materiales, en que se enturbia la vida en sus sagrados manantiales...

Movíase silenciosa en la azulada penumbra de la sala, Sor Angeles, atraída a la vida del claustro por el deseo de la inmólación que tienen las almas grandes, en que el derecho a la propia felicidad les parece un sentimiento demasiado mezquino; frustran por el heroísmo del sacrificio la mujer y la madre y revive en ellas con más fuerza, la mujer y la madre de todos los dolores, y de todas las desgraciadas. Y Sor Angeles estaba en su centro en este hospital de carne patológica, sujeta al potro de la tortura, abrasada por la fiebre, atormentada por el dolor, labrada en tajos, abierta y roída por los microbios voraces trabajadores de la muerte. ¿Dónde habría encontrado un campo más amplio para derramar sus amores y ternuras que al pie de esas camas, clavados los ojos en esos seres abandonados de todos y que tanto conocían de lágrimas y horrores? Era aquí donde abría el dique al escondido raudal de su heroísmo. Y tenía Sor Angeles, aun cuando procuraba disimularlo, sus preferencias. Y elegía casi siempre al parecer irrazonablemente; su favorita a la sazón, no era Lili, célebre cantatriz de triunfal hermosura, famosa por su elegancia, que brilló con falsos fulgores en teatros y cabarets de la ciudad, hasta que tronchada por la enfermedad vino a refugiarse aquí. Esta tenía

aún personas que se interesaban por ella, y la venían a ver.

Ni Juanita, la de ojos verdes y soñadores, que pronto sanaría y volvería al lado de su familia, con sólo el amargor que deja una traición, sin acritud, y sin desequilibrio moral.

Ni tampoco su favorita era Maggie, la inglesita pálida y rubia, atenazada en el lecho por una parálisis precoz; ésta era dulce y buena, todos la querían.

Pero allá, en el extremo de la sala, había una chica que recogieron las señoras del arroyo a viva fuerza, podrida de avariosis, parecía un cadáver, presa de indecibles angustias físicas y morales, con los huesos reblandecidos, tendida en el lecho como masa informe, con grandes pústulas abiertas y a quien nadie venía a ver e incluso médicos y enfermeras temían acercarse demasiado. ¡El colmo de la miseria humana! Y Sor Angeles, cuando nadie la observaba, cuando podía hallarse sin testigos, se arrodillaba junto a ese lecho, acariciaba esas manos temblorosas, lavaba cada una de las heridas y tranquilizaba esa alma de sus tormentos morales. A fuerza de bondad, había conseguido domar ese pobre ser minado por la enfermedad, y embrutecido por el alcohol.

Sor Angeles esa tarde estaba más preocupada que de costumbre. La había llamado la Superiora y le había dicho que sus padres vendrían a verla, y Sor Angeles temía esta visita, pues sabía que

volverían de nuevo a hablarle de la extrañeza de su vocación, y a insistir en que antes de profesar se volviese con ellos. Y para ella esta visita y la incomprensión más completa de sus sentimientos por sus propios padres, que no podían entender los finos matices del alma delicada de la hija, la hacían sufrir en extremo.

Le hablaban de las comodidades de su hogar, de fiestas, del brillante matrimonio de su hermana mayor; de su belleza, de su juventud perdida entre esas infelices, y todas estas cosas sonaban para ella a hueco, a música destemplada; la vida a ella le pedía renunciamiento y sacrificio, y se los quería dar con toda la generosidad de que era capaz.

En el momento en que se acercaba a su enferma favorita sintió que sonaba el timbre de la portería, abandonó la sala y se dirigió al salón. En el salón la aguardaban sus padres; junto con verla el padre empezó a insistir en su salida.

—Para pruebas es bastante con un año de este hospital. Mira por donde te ha bajado la caridad, cuidar estas mujeres repugnantes. ¿Por qué no te vienes con nosotros?

—No puedo padre.

—Aun eres novicia y puedes salir.

—Mis votos están hechos ya; cuando salí de casa con tu consentimiento, fué para toda la vida.

—Romanticismo místico que te ha tomado fuerte. ¿No te parece, Mercedes?

—Déjala, Gonzalo, interpuso la madre, si ella encuentra su felicidad aquí, no tenemos nosotros derecho a estorbarla, sobre todo cuando la ha buscado en esta forma.

Sor Angeles, con el fin de interrumpir las quejas e insinuaciones de su padre, los convidó a visitar la casa.

Los condujo, primero, a los pabellones del hospital. Al cruzar los jardines vinieron a su encuentro las enfermas que no guardaban cama, y que se paseaban al sol; delante una adolescente, un manojo de huesos agarrotados por la parálisis, rígido el semblante, los ojos saltones y llorosos, los dedos como garras. A duras penas podía andar bamboleándose y arrastrando los pies; detrás una muchacha gorda, rechoncha, de tez muy roja, de labios gruesos; los brazos fofos y colgantes, los cabellos negros y tiesos le cubrían la frente, casi hasta las cejas; de mirada vaga. ¿A qué seguir describiendo el sinnúmero de miserias físicas y morales que cobijaba en sus patios y salas el Refugio?

Doña Mercedes a la vista de aquel terrible museo exclamó: «Pobres criaturas ¡qué espanto! ¡Cómo puedes, hija mía, vivir en medio de estos horrores, yo no podría resistir! ¡qué espectáculo para una madre! añadió al mirar una niña que venía hacia ellos de unos ojos azules muy abiertos, incrustados en un semblante hermoso, lleno de tristeza, y con las manos hinchadas y cristalinas.

—Sí, dijo Sor Angeles dulcemente, todas somos sensibles al horror de la miseria física, y más a nosotras las religiosas, nos cuesta el espectáculo del mal cuando repugna tanto al espíritu, y nos sale al encuentro en esta forma; pero precisamente porque detestamos ese mal más que la generalidad, es que curamos la carne y el espíritu enfermos. Cerramos los ojos del cuerpo, y nos refugiamos en un asilo interior íntimo y secreto, en cuyo altar inmolamos todas nuestras repugnancias.

Don Gonzalo entonces lanzó tres o cuatro frases retumbantes que a propósito de la obra de la Cruz Blanca había leído:

—¡La higiene social! ¡La sagrada misión de la mujer! Es una obra de admirar, pero no para que una hija deje su hogar y como única recompensa pase su vida entre estas desgraciadas.

—¡Ay! Vámonos de aquí, dijo doña Mercedes llevándose a las narices un lindo pañuelito de encajes muy perfumado, para esquivar el fuerte olor de los desinfectantes.

Tenía la obsesión de los microbios; y temía se le introdujeran por boca y narices.

—¿No me habían pedido, les dijo Sor Angeles, tantas veces, que los entrara a ver de cerca las enfermas?; las obras de misericordia no siempre constituyen un placer. La caridad de cerca exige siempre un poco de heroísmo. Los llevaré a otros pabellones separados y lejos de aquí, donde

mamá podrá respirar sin ningún temor, no hay enfermas contagiosas.

Diciendo esto los introdujo a un gran patio asoleado lleno de flores, que más parecía una casa de familia acomodada de tiempo de la colonia, que asilo u hospital.—Y esto, dijo D. Gonzalo, ¿qué es?

—Esta es la Pre-Maternidad, porque lo que parece increíble aquí en que tanto se han ocupado de los problemas sociales, este era un problema sin solución para las señoras de la Cruz Blanca; en todo el país no existía una pre-maternidad, y constantemente no hallaban qué hacerse cuando acudían a ellas muchachas a pedir amparo o protección; no se resolvían a arrojarlas a la calle, en ese estado, cuando las puertas de su propio hogar les habían sido cerradas, y no les quedaba otro camino que el de el arroyo o...

Estas salas y el hospital es la extensión de la obra de la Cruz Blanca, la que se ha fundado recientemente sin que las Directoras se amedrenten con los nuevos y enormes gastos que esto les ocasiona. Decía una con mucha gracia:

—«Esta se puede llamar la obra del milagro, giramos únicamente contra el Banco de la Divina Providencia!». Las obras de Dios no se hacen con dinero, sino con confianza y sacrificios; y es así cómo Dios entonces mueve los corazones para que den!

En un extremo del patio una religiosa hablaba con una chica.

—¿Qué te sucede María? le decía Sor Cristina.

—¡Ay Madre, no puedo sino llorar!

—¡Vamos, criatura, no se angustie ya más! ¿No le alegran estas flores? Levante la cabeza, mire al cielo que Dios la está mirando y la consolará.

—Dios no puede mirarme a mí.

—¿Ud. no cree en su misericordia?

—Madre, es que yo estoy desesperada y quisiera morir.

“La deshonra no es el hijo ¡es la culpa! Cuando Dios da el hijo es porque quiere perdonar: la Maternidad siempre redime. Piense en vivir para él, en sufrir por él y enseñarle a ser bueno; llore por arrepentida, pero no por desesperada.”

—Aquí no hay contagio, replica Don Gonzalo, pero este ambiente de angustia, de dolor, es casi peor; pasar la vida entre la miseria física y el sufrimiento moral: ¡Aquí están reunidas todas las tristezas del mundo! y más que la tristeza, está recogido y concentrado el vicio de unos, la cobardía de otros, el egoísmo de todos, y sobre todo: ¡lo irremediable! Para hacer el bien no necesitas estar aquí; en tu casa puedes dar limosna, y hacer caridad.

A estas últimas palabras respondió Sor Angeles:

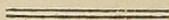
—Dar limosna, hacer caridad, no es dar dinero, dar un poco de lo que sobra, y divertirse cuando tantos padecen, y no hacer nada por

ellos. Dar dinero es nada, hay que darse uno, para reparar por los crímenes del mundo, y la que cierra su corazón a las miserias de su hermana, cuando se siente esto que yo llevo dentro, y mueren de necesidad moral, es hacerse cómplice de esa muerte moral. Quiero defender las caídas, las más desgraciadas, luchar por ellas, quiero darles algo mío. Mi juventud, mi alegría, quiero que sea para las que sufren, para las que lloran, y que nadie piensa en darles nada; para que se hagan la ilusión de que aun están en el mundo para algo.

Don Gonzalo le dijo abrazándola: «Creyendo lo que crees, y sintiendo la vida en esa forma, no tengo más que dejarte seguir tu camino; después de todo es el único que no deja desilusión, hija mía. No tengo derecho a oponerme a tu felicidad, cuando la buscas en una forma que nos admiras».

Se despidieron de Sor Angeles, convencidos que la vocación sublime de su hija, estaba muy por encima de toda la felicidad que el mundo le podía ofrecer.

¡Y allá en ese rinconcito apartado de la ciudad continúa su obra redentora la Cruz Blanca, como árbol frondoso que silenciosamente se extiende, cobijando bajo la sombra de sus ramas, todas las miserias humanas!





UN GOLPE DE GRACIA

Caminaba rápidamente por una de las calles de la ciudad de X..... una mujer. El tiempo era amenazante, nubarrones negros huían, perseguidos por un fuerte viento que hacía más penetrante y acercaba más el sonido de las campanas de la Iglesia del pueblo. Llamaban a Misa, y Magdalena apresuraba el paso como si temiese llegar tarde. Y la premura misma demostraba cierta vacilación temerosa, y su rostro una gran tristeza, como quien toma una resolución ajena a su voluntad; como si una fuerza superior y misteriosa la empujara a lo desconocido, a una incógnita ante la cual temblaba y rechazaba toda su naturaleza.

Sentía su alma dividirse en dos entidades poderosas: una que le recordaba todo ese pasado, en que en su candor de niña, en ese falso hogar, creyó encontrar toda la felicidad y concentrar todos los amores de la tierra. ¡Era tan dulce oír por primera vez el débil gemido de los hijos! Se le hacía imposible imaginarse caminando por el mundo, sin ellos; era como si al universo le fal-

tase esa gran bóveda azul cobijante, su amor de madre era igualmente grande y azul para ella, y se extendía también tan lejos, que se perdía como el cielo en el horizonte. ¡Esos hijos eran préstamos de su sangre, prolongación de sus ojos, de sus oídos, de su boca y de su propia vida! ¿Por qué pedirle ahora un imposible? Dejarlos, dejar ese hombre que ella amó con toda la inconsciencia de sus pocos años. ¿Qué sería de ellos mañana, cuando tuviese que entregarlos para que vivieran de la caridad? Y desde hacía meses una lucha se libraba en ella, a pesar de ella, horrible y cruel, que lograba a veces acallar por un tiempo y que todo, incluso la separación y la muerte era preferible, pues ella no podía continuar en esa batalla consigo misma. Hay cosas que no se pueden aceptar cuando despertamos del letargo en que vivimos, como adormecidos al mal.

Y su historia era la misma de muchas, la triste historia de la miseria, del hambre, de la inocencia y las aves de rapiña. Una familia pobre. El padre cojo por un accidente del trabajo y, por lo mismo, sólo encontraba cuando había mucho y faltaban brazos; apenas les alcanzaba para comer, y esto, cuando no se bebía lo ganado con algún amigo para lamentarse después más de su pobreza, empeorando así la indigencia de ese pobre hogar. La miseria para ellos ese año había sido mayor; el padre trabajando menos, había bebido más. La madre, debilitada, procuraba, privándose, dar

a los suyos cuanto podía, las fuerzas le decaían, ya no lavaba como antes, para no morir de hambre; tosía mucho. No podía ya ni hacer fuerzas ni llevar la ropa donde sus clientes; mandaba a la niña de 16 años, un botón de rosa, ingenua, que nunca se había separado del lado de la madre. Con los pies descalzos, y con hambre, salía la niña desde temprano deteniéndose en las puertas, y esperando mucho a veces que llegasen los patronos.

Uno de esos miserables, cazadores de carne pobre, acechaba hacía días a la criatura, esperando el momento propicio de tender su garra infame sobre la indefensa presa.

Era rico y casado; hombre maduro para quien estos golpes eran siempre certeros por lo mismo que podía ofrecer todo, a quien de todo carece. En lenguaje de mimos y engaños, prometiéndole a ella un amor sin igual y para la madre y todos los suyos cuanto les hacía falta, logró como en tela de araña envolver a la desgraciada niña. A la muchacha con hambre y con toda la ilusión de sus dieciséis años, fué infiltrándosele el veneno poco a poco, creyó en las palabras de amor y aceptó por último las proposiciones del malvado.

La madre, minada ya por la tuberculosis, la peste blanca de la miseria, no pudo resistir el golpe y murió poco después.

Y el falso hogar, ahora que ya no estaba ni la madre para impedirlo, se formó a la sombra

de una pasión culpable y oculta. Si bien es cierto que Magdalena no sabía en el principio la verdadera situación de su amante, pues creyó poder casarse con él antes de mucho, y sólo se dió cuenta que sus amores robaban a otra mujer la fe jurada ante el altar, cuando era ya madre.

La traicionada fué siendo para ella una obsesión que le hacía su vida insoportable. La ruptura se hizo inminente. Su falso hogar tenía que concluir, había causado un daño mayor que el que ella se imaginaba. ¡Todo debía terminar para ella, felicidad, amor, hijos! ¿Tendría fuerzas y valor para romper? ¿Dónde ir?

Se dirigía esa mañana a la Iglesia en busca de un sacerdote a pedirle consejo. Le rogó la ayudara, había pecado por hambre, por inconsciencia, por la ilusión que trae consigo el amor cuando despertamos a un cariño, pero al darse cuenta que ella era causa de tanto daño quería repararlo, sentía como si llevase encima veneno.

Pedía encerrarse, desaparecer ella y sus hijos para devolver la paz a ese hogar que había destruído. El sacerdote le aconsejó se viniese al Refugio y fué así cómo llegó ese día desde tan lejos con sus dos hijos.

.....
Cuando llegamos al Refugio, se acercó a nosotros una mujer que nos dirigía miradas llenas de temor, como si de nuestra respuesta dependiese su vida, sin tener aún el valor de articular palabras que pudiesen recibir una negativa.

Adivinamos en sus ojos toda su angustia. Era la desesperación definitiva la que leíamos en esos ojos suplicantes. Y difícil será para nosotras olvidar esa figura de mujer joven, hermosa y ardiente, pálida, de labios escarlata, sin *rouge*, rojos de la sangre que los hacía temblar con unos dientes blancos que los mordían instintivamente, como si el producir un dolor físico fuese lenitivo al desgarramiento de su alma de madre. Una cabellera espesa color ébano recogida en grandes trenzas sobre la nuca, formaba marco sombrío a ese semblante lleno del esplendor de la juventud. Los ojos negros, profundos, voluntariosos, dominadores, escondían en largas y espesas pestañas el dolor intenso de sus pupilas metálicas, cuyos reflejos iluminaban todo el semblante de claridades que hablaban de vida y renunciamiento.

Renunciar a la vida cuando la vida nos deja, por la desilusión natural que trae consigo el haberla vivido, no es gracia; pero renunciar a ella a los veintidós años, cuando nos queda aún tanta ilusión es duro y, en este caso, heroico.

—Hagan de mí y mis hijos lo que quieran, nos dijo. Yo quiero ser buena, pido ayuda y protección.

—Aquí no podemos tenerla con los niños, desgraciadamente, le dijimos.—No tenemos aún el pabellón para esto.

—Les repito, hagan de mis hijos lo que quieran. Hubo momentos en que creí no tendríá

valor. Abriéndose entonces el corpiño sacó una cruz.—He aquí, nos dijo, cómo he podido llevar a cabo este sacrificio. Es El, que ha conocido todos los abandonos, todas las soledades y todos los desprendimientos, quien me ha dado fuerzas.

Era indudable que una luz sobrenatural iluminaba esa débil mujer. El sacrificio y el dolor tienen un sentido sobrehumano que los hace sólo posibles y dulces de soportar a quien contempla el talismán sagrado de la cruz. ¡Dios es siempre el resorte secreto de todos los heroísmos!

Tomamos sus manos para darle seguridad de nuestra acogida, porque hay cosas que sólo se soportan al calor del cariño; sentimos que temblaban y ardían, su respiración era anhelosa como quien reprime el llanto.

—Sus hijos, le dijimos para consolarla, los puede conservar, nuestro deber es ayudarla para que no se separe de ellos, ya veremos cómo.

Enderezándose sacó su pañuelo, se secó los ojos. En el movimiento que hizo, notamos que su rostro y su cuerpo llevaban los estigmas de una maternidad próxima.

—Cómo voy yo con mi trabajo a sostener cinco criaturas. Dejé dos de cinco y cuatro años en X... con unas monjas, mientras me las pueden colocar aquí, donde pueda siquiera verlas.

Por el momento no había otra solución para la pobre mujer, dado su estado, que guardarla en el Refugio y colocar los chicos.

El resto de todo el drama lo fuimos adivinando en las palabras entrecortadas por los sollozos de la infeliz mujer. Con un gesto detuvimos la palabra adulterio en el momento en que iba a pronunciarla; lo sabíamos, estamos acostumbradas a leer entre líneas. Las confidencias de esta clase son muy duras en el primer momento; poco a poco después, y sólo cuando es necesario, nos enteramos de todo, tratando siempre reservarnos nombres, que no nos interesan.

Ese día debíamos llevar los niños, nada nos cuesta más que separar hijos de sus madres. Los chicos tenían dos y tres años, eran encantadores: blancos, crespos, de ojos lindos, se colgaban de la madre como temiendo lo que les aguardaba: la besaban, el más chico que tenía en brazos, le rodeaba el cuello estrechándola con sus manitos; el otro le abrazaba las piernas llorando desesperadamente. Nos sentíamos como criminales al arrancarlos a viva fuerza. Y esa pobre madre a pesar de que en su semblante comprendimos todo el desgarramiento de esa separación, no hizo ni un gesto, ni un ademán que indicase arrepentimiento del paso que había dado. ¡Nunca hemos visto, en los largos años de trabajo, más voluntad ni más heroísmo en una mujer! Cuando se cerró la puerta, nosotras llorábamos y ella había conseguido reprimir y contener su inmenso dolor de madre.

Y después para ella los días y las noches se suceden en soledad de alma, y en la vida pobre

y monótona del Refugio, ella que todo tenía en abundancia, ahora sólo tiene lo más indispensable y vive tranquila y contenta, no quiere abandonarnos más, quiere ayudarnos después como enfermera, para reparar su pasado.

El sujeto le ha escrito y ella le contestó una carta digna de publicarse, si no fuese indiscreto, recordándole los deberes que tiene, en su único hogar constituido, ante Dios y los hombres.

Que el mundo se apiade de este suplicio de la maternidad clandestina, que teniendo todas los dolores y angustias de la maternidad legítima, no tiene ninguna de sus compensaciones.

Son los sollozos de rebeldes a la vez de la conciencia y del deber, son las caídas en el continuo batallar de la vida, las que en el Refugio cantan ese dolor a su miseria, más grande que el dolor de la muerte.

Como repercute el fragor de la batalla en el aire en eco tembloroso, el eco de sus llantos y de sus suspiro pide piedad a todos.

En el alegre ritmo de la vida, a los que la vida sonrío, oigan la queja interminable y el ruego vano de las vencidas y tengan siempre remordimientos por no haber escuchado aquel desesperado grito.

¡En ellas hubo, casi siempre, más miseria que maldad!



¡CIEGA!

Sal por la tarde, fuera de la ciudad, llega donde dejen tus plantas el polvo del camino, y se hundan tus huellas sobre la hierba, y allá en ese rincón solitario del «Refugio de Misericordia», tras esos muros inconclusos, palpa las almas, para que sientas alguna vez la plenitud de tu espíritu, cuando lleves, como en propia carne, el dolor ajeno.

Y si te sientes herida, no llares, no te esquives, profundiza ese dolor y descubrirás cómo el goce, el verdadero, sólo existe cuando enjugamos el llanto de ojos que *no vieron*, con la mano sobre ellos, para que al calor de esa caricia no miren la noche tremenda de sus vidas.....

Y llegó una tarde al Refugio, triste y dulce.

—¿Quién te trajo? le pregunté.

—Las señoritas, me respondió. ¡No sabía más!

—¿Eres ciega de nacimiento?

—No, me dijo,—hace sólo cuatro años que no veo, me operaron en el hospital y quedé ciega.

Y esa última frase, dicha sin una queja, sin un reproche, se me clavó como puñalada en el alma. ¡Vidas u ojos de pobres, qué importan! ¡Son seres anónimos! ¡Se experimenta en ellos!

—¿Y por qué te traen aquí? le dije.

—Yo no sé, dicen que voy a ser madre. ¿Por qué, yo?...

Y soltó el llanto, y de esos ojos sin ver, que sólo le servían ya para llorar, caían como agua pura, lavando el mayor dolor de la tierra, las lágrimas de la pobre ciega.

Sentí en toda su crudeza el sufrimiento de esa mujer-niña, de dieciséis años, que era una víctima más de los hombres que nada respetan, ni la miseria, ni la inocencia, ni la debilidad de una infeliz, ¡ciega!

Y a las tinieblas de su noche, habían añadido la inconsciencia de la anestesia para consumir el crimen...

Y me pareció ver cernirse sobre el Universo la sombra de Dios que extendía su Misericordia como un manto bajo el cual se cobijaban todos esos dolores humanos, los más hondos, los que los hombres no comprenden siempre, los que humillan, los que no se pueden llevar con la frente en alto, mirando al cielo. Y dimos gracias que se nos hubiese llamado para socorrer tantas miserias y dar vida a esta obra, como se le da a un hijo: restando sangre del propio corazón.

La pobre ciega no sabía nada, era como una flor que se marchita sin abrirse, sin saber de

dónde proviene el calor, ni la luz que recibe para crecer y vivir. Y habría sido la flor que se arroja cuando deposita en ella su rastro inmundo la babosa, a no ser por las manos que la acogieron para llevarla al Refugio.

Y poco a poco se le fué hablando de Dios. De cómo para verlo, no eran necesarios los ojos materiales de la tierra; que Dios amaba más a los más desgraciados, precisamente porque lo eran; que la ceguera no es obscuridad eterna para quien sabe amar y esperar. Y la ciega iba sintiendo la certidumbre divina de que Dios es amor, y reposo. Que para los ojos cerrados a la luz, hay una mirada del alma pura y ardiente a la que Dios se entrega, sin necesidad del murmullo intruso de las palabras, bastando el gemido de un sollozo de dolor. Cuando penetraron bien en ella las consoladoras verdades de la religión se la pudo bautizar.

Luego vino el trabajo de hacerla comprender que el hijo no tenía culpa alguna. Más desgraciado que ella, no podría jamás mirarse en sus ojos; triste, temería abrir los párpados a la visión terrible de la madre ciega; de cuantos ojos vería abiertos en la senda tempranera de su vida, sólo los de la madre tendrían para el hijo miradas muertas.

Desde que comprendió el misterio, el llanto y la sonrisa se mezclaron extrañamente en el rostro de la ciega. Ya no odiaba al hijo, lo amaba; comprendía que por esos ojos podría ella de

nuevo asomarse a la tierra y hacerse al menos la ilusión de que su obscuridad era luz.

Secóse luego el llanto. La tristeza profunda fué sustituida por una sonrisa permanente y dulce, que nos recordaba la de algunos muertos: los que después de la última, terrible y dolorosa lucha, mueren en la paz del Señor, dejando impresa en sus despojos, algo de la visión que contempló el alma, al traspasar los deslindes de la vida.

Meditando, comprendió que el hijo vendría a la vida y necesitaría cubrirse; sin que ella, ¡infeliz madre!, pudiera hacerle nada. Se afligió, pero se le buscaron agujas de ciega y se le enseñó a coser. Era de ver cómo todo lo quería hacer por sus manos, y con qué gusto mostró la primera camisa, la tocaba y se sonreía dichosa, adivinándola suavísima para envolver el cuerpo diminuto y tierno del niño. Iba despertando en ella el sentido maternal de las cosas. Ella tan pobre, tan ciega, iba a tener un hijo que la indemnizara de su ceguera, con los ojos por los cuales gozaría del mundo. ¿Qué le importaba entonces a ella la noche eterna en que estaba sumida?

En un grito de dolor que subió al amanecer, mezclado al canto de los pájaros, con el sudor de muerte en la frente, dió vida.

Y la fuimos a ver; sonreía y estrechaba al niño, lo besaba como comprendiendo que no tenía más que a él en el mundo. Parecía decirle: «¿Para qué viniste? Aunque sonrías yo nunca

veré tu sonrisa; aunque tiendas tus brazos, buscándome, yo nunca responderé a ese llamado de amor, el primero de todos los hijos a todas las madres. No veo, hijo mío, no veré más que por tus ojos todas las cosas de la tierra, y en ti concentraré todos los amores de la vida. Porque para mí viniste; porque estaba sola, sola hasta cuando te di la vida. ¡Nadie me amó nunca!».

Su único deseo desde que llegó a la Maternidad, era volver al Refugio, donde «sus madre-citas», mostrarles su hijo: ella, la ciega, tenía un hijo que veía como todos. Como no era ciega de nacimiento no tenía el tacto acostumbrado, y cuando llegamos un día a verla, tenía al niño con la cabeza abajo y le acariciaba los pies.

No nos atrevimos a decirle que no podía volver al Refugio. Dios, sin embargo, había dispuesto que sus deseos se cumplieran; era tan poco lo que pedía: volver a acercarse a las madres que le habían enseñado a conocer a Dios y a amar la vida con todos sus dolores.

El día que debía salir de la Maternidad, no había cama en el Asilo Maternal y hubo de llevársela de nuevo al Refugio por unos días. Los últimos de felicidad en la tierra para la pobre ciega. Si hubiésemos sospechado que iba a vivir tan poco, jamás la habríamos dejado irse.

Unos días más tarde, vinieron a buscarla para llevarla al Asilo Maternal; muy triste y llorosa abandonó el Refugio. Poco después nos avisa-

ron que la habían llevado muy grave al hospital y había muerto. Sus últimas palabras habían sido de gratitud para el Refugio, al que le dejaba todo lo que tenía en el mundo: un atadito con su ropa, y su hijo.

Un himno de gratitud subió de mi corazón al cielo que había dirigido todos los pasos de la pobre ciega abandonada, hasta hacerla morir en brazos de su *Misericordioso Amor*, al que está consagrado ese Refugio.

Muy rara vez he sentido repercutir más hondo en mí el dolor ajeno, como el día ese en que fui a recoger el legado de la pobre ciega.

El niño abrió los ojos al tomarlo en mis brazos, como si quisiera interrogarme, y yo le estreché como he estrechado a los míos. Se durmió apegado a mí, y mientras el auto me llevaba donde debía depositar el precioso legado de la que ya veía, iba como repitiendo: duérmete niño, duérmete sonriente, que es Dios en la sombra de su misericordia quien te va meciendo; no tiembles, ni mires, ni preguntes; ciérrense tus ojos; que la suavidad de tu inocente sueño aduerma la maldad de la tierra, y la crueldad de los hombres, que en chacaes los convierte la vida a veces.

Y mi cantar de cuna era un largo y profundo sollozo a todos los dolores de la tierra, a esos dolores que hay que silenciar siempre...

Mis lágrimas caían sobre el hijo de la pobre ciega, como plegaria que imploraba misericordia: sin saber aún cuál de los dos desgraciados

que actuaron en esta triste historia, fué más culpable; si el que sumió a la niña en la oscuridad de muerte, o el que le arrancó el perfume de su pureza.

Y sigue aún hoy en enigma mi respuesta.





¡ELLA!

La vieja casa roja del pueblo, con sus grandes rejas de fierro y ventanas de madera carcomida, con su gran portón tachonado de clavos, la casa de vasto patio, de anchos muros blanqueados, en cuyo centro canta la pila su monótona y lúgubre canción, está silenciosa y triste.

El único habitante de la casa ha ido a refugiarse a la alcoba, al lado del lecho de ébano, donde un reloj sin cuerda no ha vuelto a sonar las horas, desde que en aquella estancia Doña Pepa entregó su alma a Dios.

Todas las tardes Don Diego, fiel a sus hábitos, entra en ese cuarto de recuerdos y se embebe en los cuadros que le presenta su imaginación. Con sus ojos interiores examina el rostro de los que se fueron: unos para no volver nunca, otros porque tenían más porvenir en la capital. Es cierto que cuando murió Doña Pepa, el hogar estaba ya casi vacío, sólo quedaba la pobre Marianita, que con su gran pena: ¡no ser como los demás! vivía encerrada en el mutismo de un sentimiento de soledad incurable, que sólo la

madre podía comprender. Temía salir de su casa, pues siempre que en la calle pasaban a su lado, se reían o tocaban su pobre espalda jorobada para que les trajese suerte. Don Diego se detuvo pensando en su Mariana. Desde que murió su mujer, la niña hablaba menos y muchas veces la sorprendió con los ojos llenos de lágrimas. Recordó luego el último día que habían estado juntos y en que como de costumbre se dirigían a la Iglesia del pueblo.

Esa tarde había terminado la distribución cuando entraron; con qué viveza lo veía todo de nuevo, dos mujeres sólo quedaban arrodilladas en las gradas del altar. El sacristán apagaba las velas. Los rayos del sol que se ponía, daban de lleno en grandes ondas de luz, en los vidrios de color de las ventanas, bañando de una claridad dorada, rojizá, la nave central de la Iglesia. Qué bien apoyada iba en su brazo, ella que tanta dificultad tenía siempre para andar, y qué fuerte y enérgico a pesar de sus años se sentía él para defenderla y protegerla siempre. ¡Cómo disimulaba su defecto físico, con la capa que la cubría, y qué extraordinariamente atrayente era el semblante de su niña!; qué bien le caía el velo sobre los bucles dorados de su cabellera. ¿Por qué caminaría con los ojos bajos, y con cierta gravedad reflexiva que se diseñaba en las líneas dulces y tiernas de su rostro de niña?

Se detuvo el anciano aquí con un suspiro y luego siguió recordando cuando la llevó de la

mano ante el altar de la Virgen, y se hincaron ambos y no tardaron entonces en retumbar, en las naves de la solitaria Iglesia sus sollozos entrecortados y cuando levantó la cabeza, le pidió la sacara de allí, que ella no podía rezar. Y una vez en la calle las lágrimas velaban sus ojos y la palidez lívida del semblante hablaban de un sufrimiento moral oculto, los labios fingían una sonrisa, que el rostro trataba en vano de disimular. . . el terror misterioso que contenía.

Cuando llegaron a la casa, le dijo ella que estaba muy enferma; que cada día notaba se le hacía más dificultoso andar; que le diera permiso, ya que él no quería salir del pueblo, para irse donde su hermana a la capital; y consultar un médico, que quizás encontraría remedio a su mal.

Y luego recordó la pena grande que había tenido el día que se fué, en que sentía como un presentimiento que no la volvería a ver.

II.

Mariana al día siguiente tomó el tren. Como la víspera, sus lágrimas caían sin secarse sobre sus mejillas, como si quisiese lavar con ellas algún horrible crimen. Afirmó su frente ardiente en la vidriera fría de la ventanilla y su mirada se fijó en la mancha roja de la casa vieja, que se destacaba allá lejos, en la pradera verde. Con qué pena la vió alejarse rápidamente y desaparecer; todos sus recuerdos de felicidad los ence-

rraban los muros de esa casa vieja, quien la quería a ella, la pobre jorobada, como aquel viejito, a quien no podría jamás revelar su secreto, porque lo mataría. El ni nadie lo sabría nunca, era demasiado horrible. Iba a ser madre, pero ella no podría envolver nunca ese niño con ternura, ni tocarle la frente con un beso de bendición. Cuando estuviera sola con él, sentiría aún más la vergüenza. Su canción de cuna sería decirle cuánto lo odiaba, porque su vida empañó la de ella, y la revolcó en el cieno...

Y luego, como hablando con el niño, le decía: tal vez mi voz enmudezca y, con el dolor que te trae a la vida, muera contigo la carne mía, y al abrir tú los ojos a la luz, se cierren los míos para siempre a la afrenta.

El tren que seguía en vertiginosa carrera, se detuvo; había llegado el término del viaje.

Don Diego, habiendo quedado solo, revolvía en su mente este precipitado viaje, y se preguntaba muchas veces qué sería de su niña. Cuando la inquietud era mayor, se paseaba incesantemente por los corredores de la casa vieja, con pasos cortos, ligeros y nerviosos; en el silencio de la noche retumbaban, mientras la luna dibujaba fantasmas y sombras en las piedras y el musgo del patio solitario, tumba de vivos.

Cansado ya, se dirigió a su cuarto, y encendió la vela. Hacía muchos días ya de la partida de Mariana y nada sabía de ella. ¿Por qué se le presentaría más viva que nunca, la imagen de su

Mariana, esa noche? La seguía con los ojos fijos en el vacío como si la viera. Y si los cerraba veía también los rasgos dulces de ese semblante de niña descompuesto, por una mezcla extraña y misteriosa de terror y dulzura a la vez.

Poco a poco la visión fué borrándose, el cansancio físico y el desgaste moral de tanto sufrimiento venció al pobre viejo; sin desnudarse se envolvió en la ropa y se tiró sobre la cama. En la mañana se despertó sobresaltado por un ligero llamado a la puerta. Un telegrama le avisaba el estado delicado de Mariana en que su vida peligraba.

Se vistió rápidamente y tomó la dirección de la estación, para ver modo de dirigirse con la mayor rapidez a la capital.

La casa estaba un poco retirada de la ciudad. Todo estaba en calma afuera. A don Diego le pareció que la naturaleza llevaba impreso su secreto dolor y angustia. La calma mortal del sitio le daba la sensación de recibir un abrazo de la muerte; un dolor intenso desgarraba y desnudaba sus carnes viejas y temblorosas, para clavarle sus dedos, agarrotados, de acero, en medio de su corazón.

El día era sereno y ardiente, un día de verano tropical. Pasó por las calles llenas de gentes, sin darse cuenta de lo que hacía; y si en esa ciudad el tráfico hubiese sido grande, habríamos lamentado uno de esos tantos accidentes que culpamos a veces a imprudencia del transeúnte, sin conocer

la inconsciencia causada por el tormento moral del que lo sufre.

Su barba blanca caía en desorden sobre el pecho y bajo sus espesas cejas, la mirada brillaba con resplandor febril y angustiado; de vez en cuando, a pesar del esfuerzo gastado para reprimir las lágrimas, una que otra se le escapaba, sacaba entonces su pañuelo y como si hubiese sido sorprendido en alguna falta, furtivamente la enjugaba.

Cuando llegó a la estación hacía una hora que el tren había partido, y no había más remedio que esperar el de la noche.

Víctima de una opresión dolorosa creciente, casi física ya, tomó de nuevo el camino a su casa. ¿Era acaso la soledad que había desarrollado en él, esa extrema impresionabilidad, que lo dejaba en descubierto y como sin defensa ante esa nueva pena? ¿Se habría quizás este estado nervioso desarrollado, en esas largas noches de insomnio y soledad, en esos esfuerzos sobrehumanos para concentrar todas las emociones de su espíritu, donde diariamente revivía todas sus penas, y agonizaba con todos sus muertos?

El sol reverberaba en las praderas; la hierba y las flores, parecían levantarse del suelo, y lanzar sus cálices abiertos hacia el cielo, para festejar la claridad deslumbrante en dulces efluvios de vida.

Para el anciano era como si el sol estuviese cubierto por una de esas nubes negras, precursor-

ras de tempestad, en que la claridad del día se convierte en anochecer sombrío. ¡Ya no la vería más, lo presentía, lo sabía, su Mariana, su adorada Mariana! ¿Qué mal oculto la llevaba a la tumba? Cuando hubo llegado a su casa se encerró en su cuarto y sólo entonces, sosteniendo entre sus manos temblorosas por los años y las penas su encanecida cabeza, estalló en un largo y profundo sollozo convulsivo.

Llamaron a la puerta con un nuevo telegrama.

Lo tomó sin atreverse a conocer su contenido; la palidez de su rostro se acentuaba por momentos, se sentía cobarde para afrontar la realidad, prefería creer, unos momentos más siquiera, que su Mariana vivía.

Por fin, temblando, lo abrió:

¡Marianita murió anoche!, decía.

Al pobre viejo le bailaron las letras de la lacónica y trágica misiva, y no supo más, cayó al suelo.

III

Llegaron una tarde al Refugio dos jóvenes.

La mayor de las dos pidió hablar a solas.

—¿En qué podemos servirla? le dijimos.

—Sobre nuestro honrado y pobre hogar cae una gran desgracia, que queremos ocultar a mi padre anciano; lo mataría, ha sufrido mucho en la vida; nos dijeron que sólo aquí podíamos encontrar ayuda, tiéndanos la mano y defienda la

honra de nuestra hermana que es también la nuestra.

Buscamos palabras con qué apaciguar y dulcificar el inmenso sufrimiento que demostraba el tono de la voz de la pobre mujer, todo nos parecía frío ante la angustia trágica. Viendo nuestro silencio, ella misma nos interrumpió: Ya veo ya que le parece imposible, que nuestra felicidad ha concluído, y que nuestra honra será el comentario de todo nuestro pueblo. ¿Qué podrán hacer ni qué podrán decirnos ante una desgracia como la nuestra? Lo peor es que nuestra Mariana se ha obstinado en callar, no hay forma de descifrar el enigma, estamos convencidas es inocente. ¿Qué habremos hecho en la vida para que se nos castigue en esta forma horrible, siendo la víctima una pobre enferma?

—No hay ningún sufrimiento ni mal en la vida sin remedio, le respondimos. Nadie mejor que nosotras, que vivimos diariamente esta clase de penas, lo sabemos y podemos comprenderla. La situación de su hermana y de su hogar es muy dolorosa. Parece sin remedio, pero parece, únicamente; los ojos que lloran no alcanzan a ver lejos. Seguramente hay una solución. La buscaremos y posiblemente la encontraremos.

—Entonces serán tan buenas en ayudarnos y sacarnos de esta horrible situación.

—Es la misión del Refugio. ¿Desea dejar la niña? hay un hueco casualmente.

—A eso hemos venido.

—Mientras, nos van a prometer esperar con paciencia que descifremos el misterio. Van a poner toda su voluntad, toda su energía, en no darle vueltas al asunto en la imaginación, la idea fija y las suposiciones, es lo que más confunde e impide ver claro.

—Estoy más tranquila que cuando llegué, sus palabras me dan confianza, sé que dejo a la pobrecita en buenas manos, mi dirección es calle NN. número....., yo vendré, no me avisen, mi marido no sabe esto, afecta tan hondamente nuestra honra.

—Dios soluciona a veces las cosas, le dijimos al despedirnos, en una forma inesperada; y no permite se manche el buen nombre de una familia honrada y menos cuando no hay culpables, sino víctimas.

La niña quedó sola con nosotros, sonó la campana del claustro y miró el corredor abierto que conducía a la sala de las enfermas; notamos un ligero temblor en todo su cuerpo y luego vimos colorearse de carmín sus mejillas. La conducimos sin proferir palabra a su cuarto; preferimos guardar en estos casos un discreto silencio, y esperar el momento propicio.

Muy de mañana se levantó Mariana, con el mismo semblante de dolor desesperado de la víspera, y se dirigió a la puerta del huerto. La puerta estaba cerrada, hizo un movimiento de impaciencia. En el mismo momento se acerca a ella una religiosa y le preguntó si deseaba tomar

aire; y la contestación afirmativa de ésta, abre la puerta y la acompaña. La religiosa espía la fisonomía de su compañera, que parece se obstina en su reserva de la víspera. Toma entre sus manos el rosario, y las cuentas pasan silenciosas entre sus dedos. Un ruego por nosotros pecadores que se ha escapado más alto hace que la niña mire fijamente a la religiosa.

El semblante dulce, tranquilo y bondadoso de la madre le inspira confianza, y le dice.

—Déjeme hablar, y no me pregunte: No puedo perdonar.

—Y yo sé que va a perdonar; no la habría traído Dios aquí, ni la habría puesto en nuestro camino. El que la trajo, la va a ayudar, ha tenido compasión de su gran sufrimiento. El Dios del Calvario y del Pesebre, el Dios de las almas buenas y de las arrepentidas, ese Dios que espera siempre sin cansarse nunca, más paciente que nosotros y más poderoso, que ve todas sus penas, espera el momento en que ha de mandar a sus siervas para servir de apoyo a las que sufren. Dios, escúcheme bien, va a ayudarla y quiere salvarla. No hay pena que El no pueda consolar. Yo también sé la inmensidad de su dolor, no estaría a su lado ahora si ayer no hubiese comprendido y compartido su sufrimiento. Desde que lo leí en sus ojos, mi pensamiento y mis oraciones la han acompañado. He adivinado las luchas que se libran en su alma, las pasiones humanas que la agitan.

—Yo no he hablado con nadie, ¿cómo puede saber?

—La vocación nos da el milagroso poder de penetrar en las almas; un gesto, un movimiento, a veces, nos hace descubrir lo que deseamos saber, no por curiosidad sino para poder ayudar y levantar.

—Yo creía que mi pena era de las que no tienen remedio, y de las que nadie se compadece.

—Ha dado vueltas en su pobre cabeza ese tormento moral, y con razonamientos humanos, creyó su sufrimiento incurable. Se ha equivocado. Escuche la lección que encierra el sufrimiento, en vez de dar vueltas en su imaginación al mal que le ha ocasionado. Ese dolor no la debe hacer desear la muerte, es cobardía; antes de aprender a morir, hay que aprender a vivir sufriendo. El valor de morir, se tiene sin esfuerzo, Dios lo da, pero para vivir, como en su caso, se necesita más valor, más energía, heroísmo a veces, éste también lo tendrá y será la victoria del espíritu contra la materia, lucha que es sin tregua y eterna.

—Pero Madre, Ud. no sabe lo que es vivir muriendo de vergüenza siempre.

—Nuestra alma sólo se embellece en el sufrimiento, sufrimiento de la carne o del espíritu. En el suyo hay de los dos: sufre en el hijo, carne de su carne, y en su espíritu, la afrenta que ese hijo le trae.

—Dolores del corazón o del alma expían, no

hubo falta en Ud: no hay más que sufrimiento, redima con este dolor las que cayeron y siendo culpables también sufren.

Cristo vino al mundo para enseñarnos el sentido divino del sufrimiento. El camino del Calvario es un camino de ascensión. Doblegado bajo la cruz Cristo subía. Doblegada por el sufrimiento, suba usted también, no baje. Mire su pena bajo esta luz y la tomará en otra forma. Lo que importa no es la apariencia de una falta que no ha cometido, sino la integridad del alma y del corazón. Entonces el recuerdo que la tortura, ya no será un recuerdo de horror, sino que a pesar de la vergüenza que encierra, será un recuerdo de amor, porque es un grito de piedad que sube y un velo milagroso que cubra la triste cuna de ese pobre niño sin madre. Ya no será entonces el hijo del crimen, sino el hijo de la misericordia, de esa maternidad divina en que triunfará su espíritu.

Al día siguiente pidió confesarse, se demoró, y lloró mucho, quedó muy tranquila después. La notamos muy demacrada, temimos un desenlace imprevisto, llamamos al médico, confirmó nuestros temores, agregándonos que el caso era serio dadas las condiciones de la paciente; se hacía necesaria una operación, que podíamos esperar unos tres o cuatro días más, y ver cómo seguía antes de tomar una determinación.

Quisimos tratar de interrogarla para descifrar el misterio, nos lo había pedido su hermana.

Todo fué inútil, se negaba terminantemente a revelar nada. Mi secreto es mío, decía: deseo muera conmigo. Sólo un ruego hago: que mi padre no lo sepa nunca, se volvería loco de pena. Además mi padre es el único que puede sospechar quién es el causante de mi desgracia y le tomaría odio, y yo no quiero rencores para mi viejito, en sus últimos momentos; que muera tranquilo como ha vivido, sin odios y sin ambiciones.

Cuando vino la hermana le dijimos la opinión del médico y le pedimos nos permitiera trasladarla a la maternidad con un nombre supuesto, donde tendría todas las atenciones necesarias, y que nosotros continuaríamos visitándola.

La pobrecita se resistía a irse; ¡qué pena nos daba no poder atenderla en el Refugio, por no tener aún lo necesario para un caso como ese! Nos pidió esperáramos hasta después de la misa, que quería comulgar en nuestra capillita, que le daba mucha devoción, que al Cristo que la miraba desde la columna de los azotes, con tanta ternura, le iba a pedir fuerzas hasta el fin; pues estaba segura iba a morir.

La animamos, le dijimos que iba a volver a su casa donde su padre, que nosotras nos encargáramos del niño.

—No digan que voy a vivir, no puedo, la pena que llevo me mata a pausas, es preferible morir violentamente. ¡Ay! no, ¿qué es lo que he dicho? Yo no prefiero nada, quiero lo que Dios quiera.

Y Mariana, la niña dulce y triste, como lo había presentido, murió una tarde en el hospital. Entró en agonía, perdonando, en el minuto supremo de su sacrificio y aceptando reparar faltas que ella no había cometido. Y cómo reparaba esa muerte, en la cama de un hospital, sola, entre extraños, sin que ninguno de los suyos acomodara la almohada bajo su cabeza y enjugara el sudor de sus sienes, y con sus labios sellados, para que los suyos no odiasen al causante de su martirio. Cuando creímos había perdido el conocimiento se reanimó de nuevo, nos miró sonriente y dijo: Digan a los míos que al morir, desde los umbrales de la eternidad, les mando este mensaje: que muero inocente, tranquila, perdonando. Que mi padre ignore siempre de lo que muero. Después de esto cerró los ojos, y sus labios murmuraban lento y quedo el Padre Nuestro que sin duda terminó en la eternidad.

A la misma hora, en la capilla del Refugio una religiosa en adoración decía: Señor, ten misericordia de las ovejas descarriadas que llegan aquí, y de las que sufren sin culpa. Por la miseria del establo, ten piedad de su miseria. Por la virtud de tus sufrimientos, aliviadles sus sufrimientos. Por la cruz hermosa de misericordia de tu calvario, esclareced esas almas adoloridas, y por la gloria de tu nombre, recibid sus sacrificios. Hemos aquí tus esclavas para extender el reinado de tu Amor Misericordioso, a todos los que sufren en la tierra.



UNA MADRE COMO HAY MUCHAS

Y era fría, muy fría esa tarde de Junio, en que el agua caía a torrentes. A través de los cristales, contemplaba la calle triste. Uno que otro transeúnte pasaba interrumpiendo el monótono ruido del agua que caía incesantemente. El fuego ardía en la chimenea, daba una semipenumbra azul a mi aposento, convirtiéndolo en un nido caliente en medio del frío y viento gruñidor de afuera. Sentía una intimidad intensa, y dulce; como si mi hogar fuese el único refugio que hubiese abrigado en el Universo. Estaba sola, la semipenumbra, y la hora eran propicias para los ensueños. El cielo está llorando, pensé. ¿Por qué llorará el cielo?

La tierra absorbe el agua y necesita del llanto del cielo para que nazcan las flores.

¿Y el dolor? ¿Por qué habrá dolor y llanto sobre la tierra? ¿El dolor y el llanto del hombre serán acaso lo que la lluvia para la tierra que germina después en flores? El dolor cuando baja

tiene suavidad, a los ojos sale su resplandor, y los que lo llevan, tienen en sus manos la llama que alumbra, y que arde sin quemar.

El aceite que lo sustenta, y la lumbre que ilumina deben manar del propio corazón, ¡de la herida que se abrió para no cicatrizar!

Llueve y sobre la tierra va cayendo dulcemente el llanto del cielo.

La tierra absorbe sedienta el líquido cristalino y el mar abre a cada gota su insondable seno. La tierra se refresca y en la profundidad, allá escondida, empiezan a germinar semillas, que luego brotarán para florecer.

¿Y el mar?

A cada gota ciérrase de nuevo la superficie que se abrió, y el agua amarga del mar absorbe el agua dulcificada del cielo; y se torna más dulce el agua salada del mar.

Pero el dolor, no a todos dulcifica, hay que saber cerrar la superficie de la herida que abrió y buscar dentro, en el meollo, la savia escondida.

El dolor no se reparte por igual en la tierra, continuaba mi ensueño: ¡Los hay de todas clases! Y de pronto me asaltó la visión: de mujeres sin hogar, de almas sin eco, de ranchos agujereados, sin cama blanda, de martirios morales en que en el silencio de la noche penetra lúgubre la voz vinosa del amo, que golpea, que maltrata, y que arroja por fin a la calle, a la indefensa víctima y para quienes estas noches de lluvias son un suplicio. Y me sentí avergonzada de paladear

mi pena, cuando tantas sufren sin poder hablar, sin tener a quien quejarse, ni tener a quien acudir, sin otro horizonte que callar y sufrir siempre. Y llegaba hasta mí, como una ráfaga helada del viento de afuera, repercutiendo por todo mi aposento, en temblorosos lamentos, el eco del llanto de millares de mujeres, cuyo ruego, a almas hermanas, había sido vano. Sus quejas eran interminables, y tendían sus brazos suplicantes hacia mí. Parecían venir de lejos, muy lejos esos lamentos, de las entrañas mismas de la tierra, en que vivían sepultadas vivas, escondidas en su ignominia. Ese eco penetró en mi alma como penetra el remordimiento, y se clavó en el corazón aquel torvo y desesperado grito de socorro. Y en la semipenumbra de mi alcoba parecían decirme: ¡Canta nuestro dolor que es el mayor de todos los dolores de la tierra! Y quedó resonando en el aire en tembloroso giro, el eco de sus llantos y de sus largos suspiros...

Mi ensueño habría continuado, si no lo hubiese interrumpido una respuesta inmediata a mis pensamientos con un tímido llamado a mi puerta.

—Una pobre mujer pide hablar con Ud.; no me habría atrevido a molestarla, pero es tan pobre, se ve tan enferma, que no me resolví a decirle que no era día de recibo.

El cuadro que se presentó a mi vista era lamentable. Una mujer joven, andrajosa, empapada por la lluvia en que había caminado noche y día, tiritaba. Los ojos muy adentro, el semblante

muy demacrado y pálido, ¡y próxima a ser madre!

—Soy casada, me dijo.

Respiré, por fin una a quien será más fácil ayudar.

—Sé que no soy un caso para el Refugio.

—¿Por qué? le dije, sufre, no tiene donde estar. Casada o soltera el Refugio de Misericordia, como su nombre lo indica, cobija todas las miserias y todos los dolores.

—Hace dos noches vago por las calles. Mi marido, borracho, me arrojó de la casa. No es la primera vez que lo hace; cinco hijos he tenido, ninguno he conservado, el mal trato me los mata. Estoy empapada, sin comer, no puedo más. Y la pobre mujer se puso a llorar. ¿Dónde podré ir? en este estado nadie me ocupa. Me faltan dos meses para que llegue mi guagua; en las maternidades sólo me reciben quince días antes, ¿qué hago mientras? si vuelvo a mi casa este niño morirá, como los otros; no resisto tanto golpe y tanto sufrimiento.

¡Pobres madres! Llevan al hijo con hambre, con miedo y con cansancio. Los ranchos míseros, de techumbres agujereadas, no son amparo; en ellos las golpean y arrojan como no se arroja un perro. Dan vida a criaturas tristes, enfermas, nacidas para llorar, que arrastrarán el peso de una existencia mísera. Y el débil movimiento de vida del hijo es, para esas madres, sentimiento de pavor, a la vez que sollozo de agonía, que re-

percute en ellas con estremecimientos de esteriores de muerte, más que de vida.

¿Cómo puede un vicio ahogar así el instinto natural del padre? ¿Qué veneno feroz contendrá el alcohol que cambia al hombre en peor que fiera y retuerce así el corazón de una pobre e indefensa mujer?

La pobre me miraba con ojos desencajados; ya le parecía ver morir de nuevo al niño en el seno de la noche, sola, impotente para defenderse y para salvarlo. Sus palabras temblorosas eran llantos no llorados, angustias no dichas de terribles vejaciones sufridas en silencio, en el mísero hogar frío y desmantelado.

—Sí, todos han sido lo mismo, me decía, los he llevado temblando de miedo y de hambre y no han podido vivir, y a veces he dicho también: Señor, recoge al hijo, mejor que no viva, si ha de ser mujer, y sufrir tanto como su madre. ¿Me podrá recibir? quiero conservar éste siquiera, si vuelvo a mi casa, me lo mata, en la borra-
chera.

Y nunca como ese día he bendecido la fundación del Refugio, cuyas reglas no ponen valla para socorrer ninguna miseria material o moral; su única regla es: ¡Amor Misericordioso que extiende y ampara todos los dolores de la tierra!

La llevé esa misma tarde, cayó muy enferma a la cama, se la sacó la ropa empapada, se le abrigó, pero esto, y los golpes recibidos en la cintura la enfermaron de los riñones, que en este

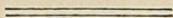
estado es siempre muy delicado. El chico nació a su tiempo en el Refugio afortunadamente, porque si nace en su mísero hogar, muere, pues las primeras horas hubo varias veces que emplear medios violentos para hacerlo respirar.

Después de un tiempo la mandamos con el niño donde una tía, al campo. Esa pobre mujer está tan agradecida que escribió diciendo que no tendría nunca cómo pagar lo que se hizo por ella. Que en su pobreza está engordando dos pavitos para traernos de regalo. Los pobres manifiestan su gratitud así. ¡Nos conmovió profundamente esa carta! y ¡qué felicidad sentíamos al comprender que el Refugio había salvado esas dos vidas, de tanta miseria y de tantos sufrimientos!

He pensado mucho después en que las de la Cruz Blanca, hemos resuelto el problema de la felicidad en la tierra. El corazón humano, anheloso siempre de felicidad la busca y la pide, precisamente, a lo que no se lo puede dar, honores, riquezas, teatros, bailes, juegos, y a una infinidad de pequeñeces y miserias de la vida, que van dejando vacío y desengaño. La felicidad se aleja cada vez que el egoísmo es su base. Nuestra felicidad está misteriosamente ligada a la felicidad que producimos en torno nuestro; y no sólo en hacer dichosos a los nuestros, dentro del estrecho límite de los seres cuya suerte está ligada a la nuestra. Hay algo más todavía que olvidamos, al hacer la felicidad de los seres des-

conocidos que sufren, y que no amamos. ¿Cómo podríamos amarlos, si no hacemos nada por ellos? Pasamos la vida buscándonos a nosotros mismos, y ni nos acordamos de ellos. Si nos olvidáramos un poco de nosotros y amáramos algo a los que no amamos, habríamos cambiado el mundo, y resuelto graves problemas sociales sin necesidad de leyes, y encontrado la felicidad que tan anhelosamente buscamos.

El amor a Dios y al prójimo resuelve todos los problemas de felicidad del angustiado corazón del hombre. Porque la plenitud de la ley es Amor.





ELENA

Elena recordaba con tristeza su infancia arrullada por oraciones y caricias maternas; veía como en sueños, su casa, su huerto y su madre. Después los recuerdos se hacían más precisos, desfilaban en su memoria, la casa paterna, sus hermanos y sus padres. Oía el mugir de las vacas, el gorjeo de las aves, el tañer del campanario de la iglesia parroquial, y la salmodía de las oraciones vespertinas. Nunca se había separado de los suyos, ni de su ciudad natal, hasta el día en que sus padres juzgaron conveniente para terminar su educación enviarla al colegio, a la capital.

Era una tarde fría de invierno, y la niña pensaba en los suyos, a quienes no vería por largo tiempo. Si pudiera solamente divisarlos, ¡pero estaban tan lejos! Cerró los ojos y el dolor de la ausencia de los seres queridos, llegó casi a ser para ella un dolor físico. Descubrió entonces que apretándolos, y pensando mucho en su casita

blanca de campo, rodeada de árboles y luz, su ensueño tomaba forma real, y se encontraba ella de nuevo entre los suyos.

Era como abrir un libro y encontrar en sus páginas, las fotografías de los lugares y seres queridos.

Su padre era hombre de gran corazón; amaba, a su hija tiernamente, pero reveses de fortuna y la lucha por la vida habían puesto diques a su espíritu donde se contenía toda emoción, y hacían que la ternura anduviera muy adentro. En su carácter de hierro quiso a toda costa asegurar el porvenir de su hija, y éste era el motivo de la separación. No así la madre, que habría deseado conservarla siempre a su lado. Tocábale a la niña el corazón el cariño materno, la inefable dulzura con que su madre la miraba, acariciándola siempre con sus ojos claros, dulces y clementes.

Todas las visiones de su hogar desfilaron por la mente de Elena. Le pareció entonces sentirse mejor, había dejado correr libremente sus lágrimas, y con esto habíasele desatado el nudo que le oprimía la garganta. Se limpió los ojos y se dirigió al salón a distraerse; era día de fiesta en que sus compañeras recibían las visitas de sus familias.

Apenas entró se acercó a ella una señora lujosamente vestida; le dijo que se conocía que ella no tenía familia aquí, se ofrecía para hacer las veces de madre, y llevarla a su casa en los

días que le fuese permitido salir del colegio. Y la niña ingenua escribió a sus padres, pidiendo permiso para salir a casa de esta nueva protectora. Y éste fué el comienzo de su calvario y el punto de partida de la execrable esclavitud.

II

En el patio sombrío y húmedo del caserón colonial, sentada, pálida y demacrada, está la pobre Elena, no tiene más que 17 años y es tal la expresión de hastío y desesperación de su rostro, que podía pertenecer fácilmente a una mujer de edad madura. La lánguida y angustiosa mirada, cambiósese en espanto a medida que las sombras de la tarde avanzaban, dejando sentir los acordes de una destemplada guitarra. Al oír la voz hueca y gruñona de la protectora que con halagos y mimos la había engañado y robado, se encogió como si sintiera sobre sus espaldas el látigo del amo que castiga la esclava.

—No es mi culpa, le dijo la niña; no lo puedo remediar, señora Juana; esta vida es horrible y no puedo continuar en ella.

—Nuevas disculpas, miren esta santurrona, pues te quedarás de nuevo sin comer. Puede que el hambre te enseñe que debes obedecer.

El ayuno y los golpes eran castigos continuos durante la permanencia en esa casa.

Tal era a veces en la niña la fuerza del deseo de salir de ese medio, que viéndose imposibi-

litada, caía en una inercia de sentidos y voluntad, pesando sobre su corazón con tedio infinito, siendo el universo un sepulcro abierto de esperanzas idas y de recuerdos muertos.

Su alma al principio le tendió los brazos a la vida y sólo halló tinieblas y vacío; a fuerza de sufrirla, aprendió a conocerla y detestarla. Desfalleció con la calentura de sus ideales desflorados en capullos y sus ilusiones pisoteadas, y lloró con el tedio de la realidad horrible de esa vida.

No le importaban a Juana los sollozos de la niña durante las interminables noches de su martirio, ni los quejidos de la pobre criatura que pedía, con alaridos de animal herido, los mimos de su madre y de su hogar.

¿Por qué sólo ella era tan rebelde y conservaba siempre en su mirada esa expresión de candidez y dulzura de ave herida en sus alas?

¡Grande tristeza la de los ojos que miran y tienen que cerrarse para no ver! ¿Por qué sólo ella, entre tantas no se conformaba con esa vida y olvidaba a los suyos? Juana le tomó odio y aversión a la niña tímida y pura que no conseguía corromper. Y esa noche Elena como muchas, se retiró con hambre a su cuarto. Afirmó su cabeza dolorida en las paredes frías, sentía fatiga de necesidad. El olor de la comida en el cuarto vecino despertaba cruelmente su apetito. ¡«Quién pudiera comer un pedacito de pan de los que sobran y botan los niños en casa!»..... Y por un momento un impulso loco se apoderó

de ella. ¡Ceder.....! En las tinieblas de la noche la voz inmodulada del eterno tentador se hizo sentir imperiosa y fuerte. Alma sedienta y azorada ¿a dónde buscas saciar el hambre de tu cuerpo y de tu alma? ¿A dónde buscar el manantial si está en la tierra? ¿Por qué ambicionas a los espacios subir? Dios no quiere que te atormentes así.

Una mezcla de hielo y calentura, de dulzor y acritud, de dolor y gozo le apretaba el corazón.....como quien mira al sol que ciega y quema... una angustia... una agonía... Después el recuerdo de su madre, y un dulce clamor al cielo..... y una vez más había vencido. Temiendo que la tentación fuese superior a sus débiles fuerzas, se tiró sobre su lecho sollozando, y mordió con ansias los lienzos de su cama, y sintió en sus labios amarga vaciedad. ¡Para defenderse algunas almas necesitan tener heroísmos sublimes! Se levantó en seguida, y abriendo de par en par la ventana de su cuarto, arrodillada, miró al cielo, pues se le figuraba estar así más cerca de Dios. Y entonces, en el silencio resonaron murmullos y aleteos de alas de ángeles que rozaron su rostro, y en aquel cuarto, bañado por los rayos plateados de la luna todo tenía una expresión inefable de poesía y, de misterio; todo era blanco, suave, indeciso, vaporoso como un tenue velo de gasa o de nube, dando sensación religiosa de pureza heroica; y la niña temblaba de emoción sintiendo flotar en silencio revela-

ciones inauditas, pensamientos sin palabras, de lo grande y sublime que encierra todo sacrificio y toda negación, y así todo espíritu, sintió llenársele el alma de saciedad infinita...

Juana salía en ese momento con un plato lleno de huesos para el perro. La niña escuchó sin inmutarse el crujir de los dientes regocijados del can en su festín macabro, y con un movimiento de aceptación voluntaria al ayuno, se tiró de nuevo sobre su cama, oprimiendo la cabeza contra la almohada y exclamó: ¡Madre! ¡Madre! ¡Tú ignoras lo que padezco, estás tan lejos, y no puedes escucharme!

Por la ventana llegaban hasta ella los acordes acompasados de la música de baile; al principio ni la oía, pero luego el ritmo de ella fué cerrando sus párpados cansados, y se durmió.

Su semblante estaba pálido y triste, enflaquecido su cuerpo, el vicio era para ella un imposible, parecía dormida: lirio bañado de luna. Su casta boca, plegada en un gesto de dolor; su frente pálida coronada por sus cabellos de oro, parecían formarle aureola. Sus manos cruzadas sobre el pecho, toda ella semejava una imagen de mártir, de las que veneran los fieles en las iglesias en urnas de cristal.

A media noche, el hambre imperiosa llegó a despertarla, y a ser ésta necesidad material dolorosa. Como llevada por un poder superior, salió del cuarto, los pies descalzos no metían ruido. Corrió la perilla de la puerta de la cocina,

la que crujió al abrirse e hizo que la niña retrocediera alarmada, pero fué todo. Esperó unos segundos, el corazón le latía tan fuerte, parecía retumbarle en la cabeza; se acercó a la mesa. La luna estaba ya muy baja, sólo diseñaba tenuemente los objetos; pero el instinto la guiaba. Había queso y pan y más allá un jarro con leche, el que se llevó a los labios y tomó a sorbos largos, sonoros y acompasados, deteniéndose a intervalos para poder respirar.

Cuando iba de nuevo a llevárselo a los labios, un leve ruido la hizo mirar. En la puerta estaba Juana; le pareció en la sombra más furiosa y amenazante que lo que jamás la viera. Un grito de terror fué todo lo que se dejó sentir en el silencio, sus manos no pudieron sujetar ya el jarro, el que cayó despedazándose en el suelo. Luego sonaron sobre las carnes macilentas y débiles de la niña el chasquido del látigo, y los ayes de dolor de la pobre e indefensa víctima. En el silencio de la noche parecían las murallas centuplicar sus sonidos y repetir lejos sus ecos y lamentos, tanto que entreabriéndose una de las puertas vecinas salió un curioso, a ver lo que ocurría en esas horas avanzadas de la noche. El espectáculo no pudo menos que conmoverlo y detuvo el brazo cruel de Juana. Sintió entonces una piedad infinita por esa pobre niña, sometida a tan horrible martirio. ¡Pobre prisionera, esclava blanca, encadenada su alma a tan terrible vida! Su cuerpo flagelado, arrastraba su marchi-

ta existencia y sus sentimientos destinados a ser pisoteados como lodo vil. Experimentó entonces deseos de librar esa alma y cayó de hinojos, sollozando como un niño al comprender por primera vez en su vida, que a él también le cabía responsabilidad en esas pobres víctimas.

Resuelto a salvarla salió a la calle; sentía zumbarle en los oídos la sangre; el corazón le palpitaba con violencia, desfilaba ante su vista todo el horror de esa vida.

III

Elena se arrastró hasta su cuarto como animal enfermo que cae en medio de un camino, lejos de su rebaño. Al día siguiente un joven dió parte al juzgado de lo ocurrido y la niña fué entregada a la Cruz Blanca.

Aquellos meses vividos en esa casa dejaron para siempre en ella una melancolía incurable; acostumbró a pasar horas enteras en la inacción mirando el cielo con un vago deseo de reposo y de infinito, y puso en su espíritu el amor a los silencios y a las penumbras. Soñaba con vivir siempre en aquella paz amable de los claustros, enamorada precozmente del silencio y la soledad, gustándole sentarse en los rincones de la capilla, donde más a su sabor se bañaba en aquel reposo monacal.

—Deseo mucho, nos dijo, volver a ver a los míos, pero abandonar esta casa jamás; nada ambiciono tanto como permanecer para siempre aquí.

Esto no era posible; tenía padres, y hubo de avisarse a ellos; quienes recuperaron la hija sin saber jamás, la realidad exacta, que los habría atormentado toda la vida.





FLOR DE PANTANO

Lluvia y más lluvia caía del cielo, charcos de barro en las calles y gente preocupada de negocios y asuntos personales era todo lo que se veía en la gran ciudad.

El tiempo y las personas, fríos y egoístas todos, excepción hecha de una niña pequeña, cuyos pies descalzos se posaban sobre el helado y húmedo pavimento y cuyos ojos abiertos, muy abiertos, contemplaban con mirada profunda y triste, transeúntes, coches y autos. Diríase que miraba sin ver, tal era la vaguedad de sus ojos grandes y cuyas profundidades reflejaron hasta hace poco las celestes claridades. Había algo de siniestro en su mirar; no era la mirada inocente; era una mezcla de malicia y de venganza, de astucia y de pavor; una mezcla extraña de sublime y de abyecto, que se disputaban la primacía en aquella mirada infantil.

La niña contaría ocho años escasos; era de complexión delicada, frágil de aspecto, pero hermosa; habría hecho la felicidad de cualquier

madre y habría sido luz y consuelo de muchos hogares que carecen de hijos. Semejaba planta de conservatorio que mano criminal hubiese arrancado al asomar los primeros brotes a flor de tierra. . . Harapienta, cubierta de lodo, transida de frío, en medio de la calle, como si temiera rozarse con las gentes. Sin hogar, parecía carecer de todo cariño y protección; no se sabía de dónde venía, ni donde iba, e interrogándola no quedaba uno mejor informado; ¡ni ella misma lo sabía! No parecía temer el abandono. ¿Por qué? Ella sola conocía el secreto.

Alguien, invisible a su lado, todo lo sabía, y sus alas blancas, desplegadas, envolvían en nimbo de celeste claridad a la inocente pecadora para defenderla, dirigirla y protegerla.

Quiso la niña atravesar la calle; certeza e intrepidez notábanse en su andar; el ángel, a pesar de que sus alas envolvían a la niña, parecía titubear al querer detenerla y la dejó hacer. Un auto tomó entre sus ruedas el frágil cuerpo de la pequeñuela. Nadie se había fijado en ella antes del accidente, pero ahora se agrupaban a su alrededor transeúntes de todos aspectos, que compadecían y admiraban la belleza de la víctima. La niña fué recogida y llevada por mano cariñosa y maternal a la sala de un hospital, y entonces sólo se comprendió el medio de que la Providencia se había valido para salvarla. Por eso el ángel había titubeado, para escogerle, sin duda alguna, un camino áspero, pero corto, para el cielo.

Entonces la pobrecita conoció cómo las madres suavizan los dolores y enjugan el llanto, y cuán dulces son sus palabras; cómo día y noche velan a la cabecera de los hijos que aman; y cómo son madres las que han renunciado a la maternidad real para hacerse por amor a Dios madres de la humanidad doliente.

Se le fueron enseñando, poco a poco, las grandes y consoladoras verdades de la religión; se le habló de la caridad y del cielo, y cuando le enseñaron a llamar a Dios su Padre, con ojos luminosos y labios balbuceantes, dijo:

—Padre Nuestro—sonriendo por la primera vez.

Quizás sería la única que pudo hacerlo con verdad. Después le contaron cómo Dios se hizo Niño, creció y murió en la Cruz, perdonando siempre. La carita de la niña, con la explicación del perdón, enrojeció y preguntó:

—¿Perdonó a todos? ¿A los malos también; a los que le crucificaron? Entonces, si quiero ir al cielo, ¿tengo también que perdonar a todos?— Y escondiendo su carita entre la ropa de la cama, prorrumpió en un llanto de terror y de vergüenza.

—Sí, tú también tienes que perdonar siempre,—le respondió la señora que allí la había llevado y que se encontraba a su lado. No dijo más; consoló a la niña y se levantó para irse. Era mejor dejarla tranquila en ese momento; no fuera que la impresión que las últimas palabras le

habían producido, trajera alguna complicación.

—Volveré mañana,—le dijo—y si quieres, te traeré un juguete. ¿Qué deseas? ¿Un libro con monos?

—No, libro no.

—¿Entonces un Arca de Noé?

—No, no,—replicó la pequeña, mientras un extraño temblor se apoderaba de todo su cuerpecito. Como si quisiera confiarle algo muy íntimo, extendió sus bracitos y los anudó al cuello de su bienhechora.

—No quiero juguetes, «no puedo jugar»,—dijo con una expresión que significaba un mundo ese «no puedo».—Quiero que usted, que es buena, le pida al Señor que me enseñe a perdonar. Cuando me atropelló el auto, me había arrancado de mi casa... sufría tanto...

Calló un momento y entre lágrimas continuó:

—No, no puedo hablar...

—Calla, no importa,—dijo la señora—no quiero saber nada.

Y tomó la cabeza de la niña, y, acariciándola, le dió un beso.

Tan poco acostumbrada estaba a estos mimos, que produjeron mágicos resultados. La niña se calmó instantáneamente.

Al día siguiente tuvo una crisis de alza de temperatura. Todos presentían el desenlace próximo, por la tensión nerviosa de su pobre naturaleza, agotada por el sufrimiento y la fiebre. En su delirio decía:

—«Mucho», «mucho» daño me han hecho, pero quiero perdonar.

Los días pasaban y el fin se aproximaba. El ángel, a su cabecera, al batir sus blancas alas como para emprender el vuelo, sostenía en sus manos las palmas que se dan a los mártires y a las víctimas. La niña decaía visiblemente.

Preguntósele a la cuidadora si la madre de la pequeña no había estado a saber de ella.

—Señora,—respondió ésta,—es la eterna historia, nunca se sabe nada de ellas, y si se les pregunta por los suyos, dan respuestas vagas y siempre que al pasado se refieren el espanto se apodera de ellas. Si se mejoran, el sol no brilla para ellas de la misma manera, el canto de las aves pierde su sonido armonioso, y las flores su aroma. El mundo es un gran desierto vacío de cariño, que oculta muchos vicios y malos hombres... ¡Nunca son las mismas! ¡Flores arrancadas en capullo y arrojadas en plena inocencia a la realidad de la Vida!...

—Hay seres extraños,—dijo la señora.— La pequeñuela tendrá luego el descanso de que careció en la vida.

Antes de quedarse dormida esa noche, la niña tomó convulsivamente entre sus manitas el Cristo, y al besarle, dijo:

—Sí, yo también perdono, como Tú.

Y se durmió, estrechando amorosamente el símbolo único del perdón y redención. También ella iba a servir de instrumento de redención y de perdón.

Cuando a la mañana siguiente los rayos del sol penetraron por las ventanas del hospital, el Sol de Justicia se había mostrado a esa almita y el Padre había recibido a esa pequeña desterrada de su hogar en la morada eterna.

El cuerpo de la niña permaneció en la cama del hospital con el crucifijo apretado entre sus manos frías y rígidas, y, cuando se le puso en el cajón, brillaban en sus ojos lágrimas, y en sus labios dibujábanse aún el último beso y la sonrisa del perdón.

El ángel había desplegado las alas, subido al cielo y puesto en las manos de la niña la palma del martirio. Murmuró ella una petición al Divino Redentor, devolvió al ángel una Cruz Blanca, rodeada de brillante luz, y díjole:

—Llévala a la tierra, que ella, como la del Redentor, salve también almas. La conseguí con lágrimas de sufrimientos y con sonrisas de perdón.



LAS VICTIMAS

Habíase recogido toda la gente de la casa; velaba sola. Siempre espero las horas de la noche para dar vuelo a mis pensamientos. Las interrupciones durante el día son frecuentes y muy molestas, impidiendo la concentración necesaria para expresar lo que deseamos.

Se siente más y se piensa mejor cuando se escribe. La sensibilidad toma casi forma tangible y absorbe, sintiéndose un atractivo y placer único, al dar forma a aquello que durante el día nos preocupa o cautiva. El goce aseméjase a la vez al del artista que imprime en el blanco lienzo la belleza que contemplan sus ojos, y al del músico, que siente a través de las cuerdas de su instrumento, todas las vibraciones de su alma. Parece que se transmite a la creatura una centella del gran poder del Creador, al ver expresado en caracteres negros, en las que hasta hace poco eran blancas hojas de papel, las sensaciones que a diario se suceden y que para los que no tienen aguzadas ciertas potencias del alma, pasan inad-

vertidas como pasan inadvertidas para los que no son artistas la belleza de las líneas y la armonía de los sonidos.

La noche era una de esas tranquilas noches de verano, ninguna brisa movía las hojas de los árboles, produciendo ese susurro habitual de la noche, que seméjase a ruidos de olas lejanas, o voces de multitudes acalladas por algún temor. ¿Será que los árboles, flores y plantas aguardan también la noche para expresar en ese murmullo, y en ese temblor lo que sienten?

La luna llena iluminaba la cumbre de las solitarias montañas, atravesaban sus furtivos rayos por el verde ramaje de distintos tonos, dando fantásticas proyecciones al magnífico paisaje. Todo invitaba a meditar, desde el canto monótono del sapo, al chillido estridente del grillo y el acompasado y lúgubre del chuncho, que no abandona las ramas de los árboles de follaje perenne.

La soledad en que estaba hacían más penetrantes esos cantos nocturnos, acallados a intervalos por los frecuentes ladridos de perros, o por los platillos y tambores de una música de circo ambulante, del pueblo vecino, tan destemplada como sonora.

Nada de ese ruido exterior conseguía oscurecer la viva claridad interior que sentía, haciéndome saborear hasta lo indecible la pena de esa desgracia. Mis miradas al perderse en las azules profundidades del horizonte, parecían

darme intuiciones claras del dolor ajeno, que repercutía hondo en mi alma.

¡Pobre madre! balbucían mis labios casi maquinalmente; y la tranquilidad de la noche y la claridad de la luna parecían burlarse del dolor humano.

¿Qué había pasado?

Hacía dos días que una mujer pálida, muy endeble, había venido a buscarme con una criatura en los brazos. En tiempo no lejano tuvo su encanto y su frescura, pero pertenecía a las flores del pantano, a aquellas que no llevan al hogar que forman, otra dote que el de grandes corazones, en cuerpos marchitos en capullo, pero templada el alma en grandes sufrimientos morales, que ellas callan por pudor.

—Señorita, vengo a pedir un servicio—dijo. Soy del pueblo vecino y muy pobre. Tengo esta niñita que no es hija de mi marido; él la maltrata mucho y quisiera que Ud. me la pusiera en algún asilo.

La niña era pequeñita, de facciones agraciadas, rubia, blanca, pero su mirada hueca daba a toda su fisonomía una expresión de algo borrado y raro.

—¿Qué edad tiene la niña? pregunté.

—Cinco años, pero no habla nada ni hace ningún movimiento.

—¿Entonces dónde quieres que la ponga si es enferma?

—Si fuera sana no me separaría de ella, pero

así sufrimos las dos, y yo prefiero sufrir sola. ¡Qué culpa tiene ella de su desgracia!

—Escribiré, le dije, al Hospicio que es en la única parte que la pueden recibir, y tan pronto como tenga contestación te aviso.

Y ese día había recibido la contestación, aceptando la enfermita, y había penetrado las profundidades de los sufrimientos de aquella pobre mujer del pueblo. Historia era la suya como hay muchas, que son dramas ignorados, que encierran lecciones que deben servirnos para juzgar con menos dureza las faltas y perdonarlas siempre.

A mi llamado, la pobre acudió en el acto.

—¿Me tiene alguna noticia, señorita?

—Sí, puedes llevarla mañana mismo, la reciben.

—Una vez que se la lleven, no la veré nunca más, me dijo con una voz entre sollozos y quejidos, conteniendo la pena que sentía y que trataba en vano de reprimir, pues prorrumpió en un llanto convulsivo.

¡Pobrecita! decía mirando a su niña con ternura y sosteniéndola en sus brazos como quien tiene una joya delicada que teme estropear. La niña respondía a todas sus caricias, con una mirada vaga, sin inmutarse como si fuera materia inerte, y no criatura humana.

—¿Por qué te separas de ella si tanto te cuesta? le pregunté.

—Si tuviera madre o hermanas me ayudarían

a cuidarla, pero ¡soy tan sola y tan pobre! No le puedo dar nada, mi marido no la quiere; prefiero padecer yo, si mis sufrimientos le dan lo que no puedo.

¡Bendito amor de madre! el único que no es egoísta, que se sacrifica siempre, pues sólo a condición del sacrificio y del dolor tenemos el derecho de llevar ese nombre. Ese título imprime los dolores y sufrimientos más grandes, pero también el valor más sublime. Los amores de las madres llevan el sello del martirio, por el cual se les reconoce entre los amores humanos. Es el único que se asemeja al amor de Dios.

—¿Por qué te casaste otra vez? le pregunté.

—Fué por ella, me respondió, no podía trabajar, porque tenía que hacérselo todo; ni comer puede, tengo que ponerle el alimento en la boca: Creí que así tendría como mantenerla.

—¿Tu primer marido era borracho?

—Señorita, no... me engañaron y abandonaron después.

—Mi mamita acababa de morir, y me maltrataron tanto en casa mis hermanos, me dieron tantos golpes, que no creí vivir; no hacía más que llorar mi desgracia, y la pobrecita ha pagado duramente mi falta.

—¿Por qué no viniste antes aquí?

—No soy de este pueblo; hace poco llegué.

La eterna historia, ni culpa tienen, ni responsabilidad delante de Dios. Ni saben que hacen mal, en su ignorancia, en la promiscuidad en que

viven, y en su carencia absoluta de sentido moral.

—¿Vas a ir a dejarla tú?

—No, señorita: una comadre que la quiere mucho, va a ir.

—¿No te gustaría a ti ver dónde queda?

—Sí, pero es mejor que vaya ella.

Noté algo vacilante en su contestación y le dije:

—¿Piensas tú ir a verla después?

Un sollozo profundo, desgarrador fué la respuesta.

Luego que se hubo tranquilizado un poco, besando a la chica, me respondió:

—No, cuando se la lleven me despediré de ella para siempre. ¡Soy tan pobre que no tendré cómo ir! Solamente, si se muere, quiero que me avisen.

—¿No te gustaría ir ahora? te pago el pasaje.

—No, me contesta, y se mira los pies, noto entonces que está descalza.

—¿Es porque no tienes zapatos que no vas?

—Sí, señorita.

—¿Por qué no me lo decías?

—No me atrevía a molestarla tanto, basta con lo que ha hecho.

—¿La tratarán bien a la pobrecita?, me preguntó. A veces le da por gritar durante horas, y si le hablo un poco fuerte llora más.

—Son Monjas de Caridad las que cuidan, le respondí.

Se despidió la pobre, dejándome triste y pensativa durante todo el día. Su falta estaba expiada de sobra con los sufrimientos de su corazón de madre. Pero el más culpable, el que la había burlado, ¿qué castigo tenía?, o ¿qué sufrimiento para expiar el ser causa de la desgracia de esos dos seres débiles e indefensos? ¿Cuántas otras serían sus víctimas?

Las sombras que en la calma de la noche proyectaban los árboles, tomaban formas humanas. Se me figuraban vengadores de la fe de mujeres traicionadas, y parecían los rayos de la luna formar senderos de luz por donde ascendían las víctimas que habían expiado y redimido en el dolor sus faltas.

Quedéme en suspenso, pensando en que, felizmente, El, que recompensa o castiga para siempre, no hace pesar esas faltas en las menos culpables, las que sufren las consecuencias, las que expían llevando siempre consigo el recuerdo y el dolor.



LA HISTORIA TRAGICA DE ALGUNAS

Si los rayos del sol hubieran podido penetrar por la abertura del techo del húmedo y sombrío cuarto, habrían iluminado en un extremo a tres niños agrupados como para evitar el miedo o el frío. Pero temieron ese día ser indiscretos al descubrir miserias y pobreza, que era preferible quedaran ocultas en esa semi-obscuridad malsana de los conventillos donde abundan los niños, y en los cuales con la falta de aire y luz las enfermedades físicas y morales hacen sus mejores y más codiciadas presas.

La mayor era una niña de cabello desgredado, abundante y liso, que a porfía cubría su semblante, no permitiendo ver otra cosa de éste, que unos ojos grandes, expresivos, sombreados por largas pestañas negras, muy negras, que habría parecido hermosa a no ser por la expresión de desesperación que reflejaba su rostro.

Sus brazos cobijaban maternalmente una pequeña criatura que miraba asustada el cuarto, como buscando algo, mientras su boquita abierta

parecía estar pronta para empezar de nuevo el lastimero llanto, que hacía sólo un rato la niña más grande había conseguido acallar.

La tercera persona del grupo era un niño de cabellos crespos y boca grande, travieso, pero que en ese momento apretaba como con miedo el brazo de la niña, y aún parecía temer interrumpir el monótono y prolongado silencio con sus pasos y su respiración.

Un tumulto de sentimientos tristes, les tenía a los tres quietos, mirándose. Toda la vida de ellos parecía concentrarse en aquella miserable vivienda, temían quebrar con una frase importuna, aquel silencio sagrado, más elocuente que todo lo que pudieran decir. Luego la niña, con voz apagada, como si temiera ser oída, se resolvió a hablar y dijo:

—Ahí, Juan, fué en ese rincón.

—¿Allí?, preguntó el niño.

—Sí, allí fué donde la ví la última vez; pero se la llevaron. Le quité de los brazos a mi hermanita, no podía ya sostenerla.

—¿Dónde se la llevaron?

—¡Y lo preguntas!, dijo casi con rabia la niña, ¡al cielo!, a qué otra parte podía ir ella. ¡Oh madre, madre! exclamó y apoyó la cabeza contra una muralla sucia, toda cubierta de telas de arañas, mientras sus lágrimas caían una a una humedeciendo la tierra: ¡ni ladrillos tenía el piso de la miserable vivienda!

—El niño la miró.—¿Por qué la dejaste irse, le dijo, si la querías tanto?

—Se la llevaron, yo nada pude hacer, estaba tan pálida la última vez que la vi en ese rincón. Quise besarla y no me dejaron.

Los sollozos de la niña repercutían en las desmanteladas murallas como lúgubres sonidos de los desgarramientos de su corazón.

Tomó la niña su mugrienta y despedazada pollerita, se secó con ella los ojos y continuó:

—Y ahora es tarde, se fué para siempre. ¿Por qué no nos llevó con ella?

Yo tenía deseos de ver una vez más este cuarto. Y su cabecita se inclinó sobre el pecho, como si su cuello no pudiera soportar más el peso de tanto sufrimiento: parecía flor que dobla su tallo después de un temporal de lluvia y viento.

—¿Qué vas a hacer ahora? le dijo Juan.

No contestó. Envolvió mejor y más apretada a la guagua en el harapiento chal, y la colocó suavemente en el suelo, en el rincón aquel donde viera por última vez a su madre. Juan sosegado, sin atreverse a hablar, contemplaba la escena.

Se hincó la niña al lado de la criatura e inclinándose sobre ella, juntando sus manos, murmuró algo que sólo ella comprendió. Sus ojos no se fijaron en nada, pero su mirada luminosa parecía traspasar las murallas del miserable cuarto, y por la abertura del techo, clavarse en algo lejano. Mientras más miraba, más luz y dulzura despedían sus ojos, produciendo paz y

resignación en su alma. Cuando se dió cuenta que Juan la seguía con la vista le dijo:

—¿Qué haces como clavado en ese sitio?

—Te miro, respondió él.

La niña tomó entonces la guagua del suelo y dijo:

—Pensé que a la mamita le gustaría ver una vez más a la niña. Mientras esto decía miraba al techo que permitía ver las primeras estrellas de la tarde, que declinaba. Creí que le gustaría verla acostada en el mismo lugar donde tuvo que separarse de ella. ¿No crees, Juan, que desde el cielo nos ve? Se me figura que aquí en esta pieza nos distingue mejor que en la calle, donde puede confundirnos con las demás gentes.

Los ojos de la niña se clavaron de nuevo en el techo, en ese pedacito de cielo que alcanzaba a divisar, pensando que quizás su madre le haría alguna señal. Pero no: el cielo no se entreabrió, ni la niña sintió aleteos de alas de ángeles. Las murallas continuaron sucias y el techo permaneció con su gran agujero, sin que nada cambiara lo lúgubre de la escena. Para los niños, como obscurecía, tomó la forma del ojo de un monstruo nocturno que se burlaba de ellos. Corrieron hacia la puerta y con una última mirada al cuarto de Margarita, como quien se despide de un viejo amigo, salieron, sintiendo clavarse más hondo en sus almas el abandono.

Era un grupo curioso el que formaban esas tres criaturas solas en el mundo. Pero había mucho más caridad y cariño en esos tres peque-

ños corazones que en el de muchos de los que, pasando, los compadecían.

La casualidad había unido a Juan y Margarita, pues no eran parientes; pero las desgracias y miserias de la vida, son a veces vínculos más fuertes que los de la sangre.

El padre de Margarita había sido un honrado obrero, que, al caer de un andamio, sobrevivió sólo lo suficiente para comprender que dejaba en la miseria a su mujer y a su pequeña hija. Luchó la viuda con la pobreza vendiendo flores; no tenía otra recomendación fuera de su belleza y juventud, que el gran cariño por su hija: nadie la conocía.

Dura fué la vida para Margarita desde sus más tiernos años; con frecuencia no tenían qué comer. Cuando la niña cumplió nueve años, sobrevino un cambio en la vida de ambas: creyendo mejorar su suerte, la madre se casó de nuevo.

Pero los tres años de miseria que siguieron, fueron para la pequeña, recuerdos de horribles crueldades y borracheras de su padrastro, durante los cuales tuvo la madre que separarse muchas veces de la pequeña, para evitarle horribles escenas, y en los que la niña debió morir a no sostenerla el cariño por su tímida y desgraciada madre, con la que compartía todos los sufrimientos.

Cada día más triste, la niña retirábase lo más que podía, como celando su presencia de la casa.

El borracho ensimismado, cada vez más agrio y adusto, haciendo sufrir a ambas lo indecible.

En medio de martirios y de lágrimas, nació la pequeñuela que hoy llevaba Margarita en los brazos, y por conservar la vida de la madre y de la hermanita, luchó durante dos años en los cuales sólo comieron lo necesario para no morir de hambre y escondiéndose donde alguna vecina caritativa cuando el padrastro llegaba a la casa, exigiendo siempre comida y ropa que estaban en la imposibilidad material de darle, pues él nunca traía un centavo y el trabajo de la niña no alcanzaba para más. La madre enferma por los sufrimientos y las miserias, no podía ya durante los últimos dos años, tenerse casi en pie.

Sus dos hijas eran la única razón que le restaba de vivir a la pobre madre. Cada día más pálida, daba honda compasión la pobre mujer, tan buena y tan desgraciada. Tenía tisis y ella lo sabía y el corazón lleno de tristeza, al pensar en el abandono en que quedarían sus pobres hijas.

Un día echó sangre por la boca, y aquella noche pasó con fiebre y quejumbrosa. La muerte tronchó un día silenciosa la vida de esa pobre mujer que tanto había sufrido.

Contemplando la niña aquel cadáver, frágil despojo de la vida, en cuyo rostro hallábanse retratados el hambre, el dolor y la miseria, sorprendió por vez primera el grave misterio de la muerte.

El padrastro viendo que nada conseguía y

haciéndosele cada día más insoportable la vida y miseria de una carga cuyo peso no llevaba, hacía sus borracheras más continuas y sus ausencias del hogar más prolongadas.

La niña, en los ratos de ocio, para reconfortarse, releía el devocionario de su madre, un libro viejo, de páginas amarillentas, que hablaba con honda elocuencia de la muerte, impregnándose de la tristeza de vivir, tan de acuerdo con sus sentimientos.

Esta es la historia de Margarita hasta el momento en que la encontramos. La distancia y repugnancia que le causaba su padrastro, la había hecho abandonar para siempre la miserable vivienda, que amaba a pesar de todo, testigo de todas sus miserias, pero que encerraba para ella el recuerdo del único sér que la había querido en la tierra.

La historia de Juan era distinta: sólo recordaba que había sido lazarillo de un ciego a quien ayudaba a pedir limosna y este oficio lo desempeñaba desde que su memoria le permitía recordar, hasta la pasada semana en que el ciego había muerto, dejando a Juan su libertad y tres monedas de veinte centavos. Gozaba éste de lo que creía su fortuna, con la inconsciencia propia de los ocho años, en un grupo de niños que se entretenían en tirar piedras al mojinete de una casa vecina. Quiso su mala suerte que apuntara una de ellas en el brazo de un transeúnte, quien tomó al niño e iba a golpearlo en el momento que

pasaba por allí Margarita. Al ver ella lo sucedido, defendió a Juan y desde entonces los ligó una amistad que sólo la muerte había de destruir.

Cuando Margarita abandonó su casa, Juan la acompañó. Empezaron entonces una peregrinación por la ciudad sin rumbo fijo.

Deslumbrados por las luces de una iglesia entraron y se colocaron detrás de la puerta a escuchar el coro armonioso de voces que en esos momentos cantaba un Salutaris. El humo que envolvía todo, dando un aspecto velado y misterioso al oficiante, el incienso mezclado al olor de las flores, dieron paz y dulzura al alma de Margarita.

¿Cuánto duró su oración? Ni ella misma lo supo; cuando recordó que la hora avanzaba, se levantó para irse. Juan no estaba ya a su lado, ¿dónde estaba? Aburrido quizás había salido a jugar afuera.

Al llegar a la puerta salía una señora a quien llamó la atención las recientes lágrimas de la niña y su aspecto de miseria. Con palabras cariñosas le preguntó quién era y dónde vivía. La niña respondió que caminaba sin rumbo, que no tenía hogar, su madre había muerto y el terror a su padrastro la había hecho huir. No tenía a nadie en el mundo fuera de su hermanita.

—No sentirán más hambre ni frío, les dijo, la Cruz Blanca las protegerá.

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro de la huérfana, pero luego cambió la expresión.

—Y Juan, agregó.

—¿Quién es Juan?

—Un niño que me acompaña, no puedo abandonarlo, es huérfano y solo en el mundo.

—Mañana veremos qué se puede hacer por él.

Margarita movió negativamente la cabeza.

—Está solo en la calle y en la noche no sabría qué hacer. ¡Oh! déjeme buscarlo y traerlo, dijo la niña, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Le rogaron dejara la guagua mientras iba en su busca, a lo que accedió.

Las calles estaban casi desiertas. Era una cruda noche de otoño, una neblina densa y menuda caía en abundancia dando a la ciudad un aspecto fantástico y triste.

Margarita se dirigió primero a la iglesia en donde se había separado de Juan, pero ahí todo era silencio, sólo brillaba la luz de la lámpara del Santísimo, reflejándose en la puerta de bronce del tabernáculo.

No estaba allí, salió en seguida en busca de Juan por encrucijadas calles solitarias de barrios apartados, sucios, y pobres, sin poder dar con él. Llegó hasta entrar a cuartuchos infectos, donde se jugaba y bebía. Nada temía, buscando siempre a su pequeño compañero de desgracia.

Ya de noche, se encontró al borde del puente que atravesaba el río, silencioso y tranquilo y profundo. Los pasos de la niña se hacían cada vez más lentos, el cansancio la rendía. La esperanza

que hasta entonces la sostuvo, pareció abandonarla y extinguirse en cruel decepción. Veía girar las cosas a su alrededor y sus piernas negábanse a sostener el peso de su cuerpo desfallecido. Sintió deseos de bañar su frente en el agua fresca, se sentó a descansar un rato y en ese instante, alguien que pasaba tropezó con ella. Una voz aguardentosa gritó:

—¡Cuidado! No te pongas de estorbo a las gentes.

A la débil y amarillenta luz de la lámpara, Margarita reconoció a su padrastro. Al instante trató de huir, pero desgraciadamente demasiado tarde. El la había tomado de un hombro y la acercó a la luz, que alumbró su semblante lívido por el espanto.

¡Ah! ¡Ah!—dijo el borracho, lanzando una satánica carcajada—eres tú, al fin te he cogido. ¿Dónde está tu madre?

—Murió—dijo la niña,—mientras su cuerpo entero se estremecía.

—¡Murió!—repitió él,—y de nuevo la horrible carcajada corta y cruel, resonó con eco en el solitario y apartado sitio.

—Ahora sí que estás en mis manos, sin que nadie te defienda, ni pueda reclamar.

—¡Dios misericordioso, madre mía, salvadme! exclamó la niña, entre convulsivos sollozos.

De nuevo la carcajada burlesca, grosera y satánica resonó en el silencio. Un empujón del borracho..... Y luego el golpe producido por

una caída... y nada. Las hondas del río se agitaron y en su superficie pudo verse durante algunos instantes grandes circunferencias.

¡El clamor de la niña había sido oído desde el cielo!

.....

.....

A la mañana siguiente el río mecía en sus aguas el cuerpo rígido de una niña, que con sus manos cruzadas sobre el pecho, parecía dormir tranquila, arrullada por brazos maternas.





AVE DE RAPIÑA

Han pasado muchos días y hasta hoy no había podido recogerme en mi estancia con el deseo de escuchar en mi interior y analizar toda esta triste historia vivida. Fiel a mi propósito de estudiar cada una de esas almas, hoy que la ciudad parece muerta y que ningún ruido perturbará mi paz me he entregado a la acerba pena que causa examinar alguno de los corazones con quienes he tenido que estar en contacto.

El bullicio del mundo me hace sentir una vaga pereza de espíritu y una nostalgia de reposo y soledad de los que rara vez disfruto. Recuerdo el campo y su obligado reposo con suave y secreta melancolía; las plantas que despiertan al recibir temblando las primeras caricias del sol, los pajarillos “con su cantar sabroso no aprendido”, en las enramadas de los árboles, bajo la pura brisa matinal del estío. Cuando soñolienta, todavía, me envuelve la luz y haciéndome violencia, me levanto a contemplar la belleza de la naturaleza, creo que en aquel rinconcito del mundo, mío,

en el cual se ha deslizado mi niñez, mi juventud y mi edad madura, la rueda del tiempo se ha parado. ¡Las horas resbalan sin sentirse, lo mismo que los años! Y sin embargo, algo me retiene aquí en la ciudad con extraña fuerza.

Dulce y calladamente se me ha entrado en el alma como sutil aroma, una armonía que concierta mi vida, una extraña renovación de mi amor maternal, hacia las hijas de nadie, hacia las que sufren y nadie protege ni ampara.

¡Qué vacía es la existencia que no tiene que ganarse el pan, ni persigue un fin, ni espera nada, ni llena ninguno de los objetos que dan a la vida un precio inestimable!

¡Bienaventurados los que poseen el tesoro de una fe viva que se demuestra en obras, sirviendo de viático en el camino!

Pasadas las primeras dificultades y asperezas, mi inteligencia y mi corazón van ganando, y se me va limpiando el alma de telarañas que me estorbaban la vista. Hasta en las contrariedades y tristezas siento una especie de poesía que las torna ligeras. Vivo en contacto de tanta clase de almas, que me hace aguzar el entendimiento y ensanchar el corazón.

Hay historias que parecen cuentos y no es la menos inverosímil la que me he propuesto relatar en seguida:

II

Iba a llegar. ¿En qué estado volvería aquella hija tantas veces llorada? ¿Venía arrepentida? ¿Sería sincero su arrepentimiento o vendría empujada por la miseria y el hastío? ¿Sería para ella esa vuelta, luz de sus últimos años, o el golpe de gracia de su triste vida? La impaciencia la consumía, hubiera querido estar sola.

Todos sospechaban la triste historia: algunas vecinas le habían llegado a preguntar con sorna por la hija ingrata, que abandonara a su anciana madre, a su marido y a una pequeña criatura, dejándolos luchar solos con la vida y la miseria.

Muchas veces habían llegado noticias de las locuras y extravíos de Carmen. Fracasados todos los esfuerzos que hizo la infeliz madre para atraerla al bien, y convencida que el mal no tenía remedio, olvidó a la ingrata y la dió por muerta en su corazón, dedicando los esfuerzos de su trabajo a mantener a su pobre yerno demente y a la criatura abandonada, que era todo lo que le quedaba de afectos y de razón para vivir aún.

Esa carta recibida después de años de silencio, renovó en su alma el drama íntimo; y la incertidumbre de lo que le aguardaba a la vuelta de la prófuga, fué haciéndose más incierta a medida que el momento se acercaba. Toda su vida parecía concentrarse en ese nuevo encuentro, y miraba a la nieta como presintiendo que algo siniestro les aguardaba a ambas.

Sentía pena infinita al mirar el bello rostro de la niña, temiendo que fuera para ella una desgracia, como lo había sido para su madre. El recuerdo del padre de Blanca, el hombre bueno, dulce, cuya pacífica locura impregnó de tristeza los ojos de la niña, renacía en cada movimiento de la hija, como un recuerdo, como un aviso de ultratumba, como pena infinita, presente a todas horas en el corazón de la anciana.

Parecíale que el rostro pálido de su yerno revivía en todos los rincones de su casa, y que su voz empañada por el desvarío, resonaba en todos los ámbitos, llamando como acostumbraba a la ausente.

Y volverían a sentarse juntas en aquel cuarto, después de tantos años en que ella se fugara del lado de su marido, sin pensar siquiera en su hija. Sentía una emoción extraña. Volverían a renovarse las largas horas de invierno, las veladas familiares; sólo faltaría el pobre loco. A la luz de la misma lámpara y al sonido del reloj que contó aquellas horas lejanas. En el mismo sitio el sillón donde pasaba horas como aletargado el pobre demente, y del cual sólo se levantaba para empezar una infructuosa pesquisa, llamando a la prófuga en distintos tonos y con diversos nombres. ¿Se daría cuenta ella del infortunio y del amor de aquel hombre? El golpe del dolor habíale hecho enloquecer, y sólo volvió a tener instantes lúcidos al morir, para decir que la perdonaba y

encargar a la abuela que no se separara nunca de la niña.

Allí en ese mismo sitio volverían a reunirse. Pero ¿qué sabía ella, ¡pobre vieja!, los secretos del corazón y las ambiciones de su hija? ¿Qué de los enigmas terribles de su vida disipada? Nunca a su corazón enamorado del deber y del sacrificio, llegarían las concentradas frases del egoísmo y del vicio.

Y se puso a rumiar sus propias amarguras, con la agudeza de análisis que da la experiencia de los años, y el torvo recelo de lo que le aguardaba, se clavó como espada en su alma.

III

Era mediodía de una tarde otoñal. Un viento veleidoso traía en sus ráfagas soplos de aromas y calores de estío. El camino de los alrededores de la ciudad veíase polvoriento y bruñido por la luz del sol.

Por los barrios extramuros y en una de sus calles apartadas, caminaba una mujer de rostro altivo, de edad madura, en ese límite en que principia a diseñarse la vejez. Inspiraba el mirarla cierta repulsión. El cabello encrespado artificialmente, caía sobre la frente; la tez de ese blanco falso, gris, que da el uso de los cosméticos y pinturas; ojos grandes, de mirada torva, que se oscurecían más bajo el cerrado entrecejo; la nariz ligeramente encorvada acentuaba más

y sellaba el rasgo característico que se desprendía de toda su persona: ¡Ave de rapiña humanizada!

Tenía formas amplias. De piernas y brazos largos, caminaba ligero y con ademán nervioso, como quien teme o desea algo pronto. Al dar vuelta una callejuela detúvose como para averiguar qué camino debía seguir. No había, en cuanto alcanzaban sus miradas, a la redonda, nadie que pudiera enderezar sus pasos e indicarle el camino de su hogar, que años antes abandonara. Era la callejuela un desierto sin nadie para recibir a la prófuga.

Pero alegrósele el alma al divisar una niña, que, adivinó, podría indicarle el camino que deseaba seguir.

—Soy viajera—le dijo—vengo de lejos. Me he extraviado.

—¿Es Ud. forastera? preguntó la niña.

—Forastera soy, hace años que estoy ausente de estas tierras, y no tengo costumbre de andar a pie por sucias y angostas veredas.

Diciendo esto levantó su bien calzado pie de tacos tan altos como delgados, que ponían de manifiesto la dificultad que encontraba para equilibrarse.

Olvidándose de las dificultades del trayecto recorrido, cobró ánimo al observar el semblante precioso de la muchacha, y como si este encuentro fuera a indemnizarla de su trabajo dijo:

—Linda eres como rosa de primavera, y digna de un príncipe. ¿Dónde vives?

La niña se quedó mirándola, con señales de viva turbación y a su vez le preguntó:

—A quién busca. ¿Tiene Ud. familia?

—Sí, pero hace diez años que falto de mi casa.

No dijo más la desconocida, en su cara se pintó una sonrisa cínica, satánica.

—Yo también tuve madre—dijo Blanca,—era muy chica cuando dejé de verla. La he llorado por muerta con mi abuela.

—¿Cómo se llamaba? preguntó la desconocida.

—Carmen,—respondió la niña.

Al escuchar su nombre se estremeció la forastera, y miró a la niña con zozobra y codicia. Tenía alterado el semblante, las manos trémulas, se acercó a la niña mirándola con ansia, y exclamó de pronto: ¡Blanca! ¡Blanca! ¡Eres mi hija!

Fué a echarle los brazos al cuello y la niña, por no sé qué instinto, retrocedió, y se puso los brazos delante en ademán de defensa. Desviaba su mirada de los ojos de su madre, sin poder creer que aquella mujer lo fuese, resistiéndose a sus caricias. Sentía una vergüenza inexplicable, un torpe malestar.

La condujo a donde su abuela, sin alegría por el maravilloso encuentro; una pesadumbre, la hacía extraña a esa mujer que se decía su madre.

Llegaron donde la pobre anciana, entraron, y al encontrarse una frente a la otra, quedáronse como absortas, mudas, en el primer momento.

Querían descifrar, una en la otra, lo que el

porvenir les reservaba a ambas. Miró la vieja con la clarividencia que dan los años: y tembló de espanto, como si viera un espectro, una fiera. Y al recibir en sus brazos a la hija por la cual durante años llorara, sintió deseos de ahogar y dar muerte con sus propias manos a ese ser extraño a quien ella misma diera vida. Y dudaba con espantado asombro, que pudiera ser cierto lo que ella ya adivinaba: ¡El objeto de ese viaje!

IV

La historia, la misma de siempre: la madre vendía por un puñado de oro la honra de su hija y venía a buscarla.

La niña entendía sin comprender, que todo lo que su madre deseaba era perderla, y la rechazaba y se despegaba instintivamente, como la sensitiva ante las manos que osan rozarla. Ni una caricia, ni una mirada había conseguido, siempre huía y se escondía de ella. Ni los regalos que traía en profusión, vestidos y joyas, consiguieron arrancar a la niña una sonrisa, ni una palabra de agradecimiento; huraña y esquiva siempre, sólo respondía con negativas, cuando la madre quería hacerla aceptar algo.

La abuela interrogó a la pequeña.

—No sé por qué, abuelita, lo cierto es que todo eso me causa repulsión y cuando lo toco, creo que todos esos lujos son de fuego y me queman las manos; prefiero lo que tú me das, aunque pobre, a todo eso que no puede ser mío, ni lo deseo.

Así pasaban los días hasta que la madre planteó la cuestión friamente a la abuela.

El cinismo, el descaro de la hija, espantaron a la anciana, quien se negó a entregar a la niña, y huyó a esconderla, pidiendo amparo y protección para ella, en la Cruz Blanca. Esta institución colocó a la niña en un colegio y ahí permaneció algunos días.

Una tarde, tocan la campana del convento con inusitada nerviosidad y dicen a la portera, que vienen con orden judicial a retirar a la niña para entregarla a su madre.

La parte siguiente de esta historia vivida, parecerá invención a quien no la presenciara.

Blanca al saber que su madre quería llevársela, no hallando a quien clamar, dirigióse a la capilla del colegio en busca de protección. Se arrodilló frente a una estatua de mármol blanco, que representaba una *Mujer* sumida en intenso dolor y cuyo corazón era traspasado por siete espadas y en cuyo semblante el artista había esculpido grandes lágrimas que caían por las mejillas. Al ver la niña el rostro afligido de esa madre celestial, la única que en esa hora de angustia podía socorrerla, prorrumpió en sollozos. ¡Madre mía, le dijo, ya que yo no tengo madre en la tierra, protégeme tú!

De súbito la pareció que un temblor de vida movía la inanimada estatua, una belleza celestial iluminó el rígido semblante de mármol, las

lágrimas, sólidas hacía un momento, tornáronse cristalinas, se lidificaron, cayendo de los ojos.

La niña inclinó su cabecita y con las manos juntas dijo: «¡Dios te salve María, llena estás de dolores!»

Luego se imaginó que la imagen le contestaba:

—Hija mía, no os abandonaré, estoy siempre con los que me invocan en el peligro.

Despertó la niña sobre su lecho: y preguntó sorprendida cómo era que se encontraba allí, cuando ella no recordaba nada más que haber entrado a la capilla del colegio.

—Cuando vinieron a buscarte, tú te resististe y te empeñaste en quedarte siempre aquí. Te fuiste a la capilla, a rezar, pero tu oración duró poco, porque la Madre te vió hincarte a los pies de la estatua de mármol de la Virgen y desplomarte, sin duda por la emoción y caer sin conocimiento a sus pies. La Virgen ha oído tu ruego pues no se explica de otra manera lo que ha pasado.

Al verte sin conocimiento y la resistencia que oponías para volver donde tu madre, los que venían a llevarte se intimidaron y quisieron hablar por teléfono con el jefe de la comisaría. Providencialmente los alambres se cruzaron y por milagrosa inducción, llamaron a una casa que está en el extremo opuesto de la ciudad y nada tiene que ver con la comisaría. Y para hacernos ver más claramente el prodigio, ese día

no contestó al teléfono la Vice-Presidenta de la C. Blanca pues se produjo con su casa la inducción telefónica (una voz de mujer les habría, quizás, hecho entrar en sospechas), fué su marido que estaba al cabo de todo el asunto y que en el acto se dió cuenta cabal de lo que se trataba, y tomando tono de jefe de comisaría respondió: Si se ha desmayado, déjenla hasta mañana, ya veremos modo de convencerla. (1)

Eso dió tiempo de hacer las gestiones judiciales para quitarte a tu madre, por haberse hecho indigna de ejercer sus derechos y ahora eres definitivamente de la Cruz Blanca, sin que nadie pueda arrebatarte.

Esta niña poco tiempo después se casó con un joven bueno y honrado, pero había sufrido tanto la pobrecita que murió al dar a luz su primer hijo.

(1) El teléfono sonó en casa de Don Joaquín Díaz Garcés, quien dió la respuesta que aquí se transcribe.





UNA REDIMIDA

Entrábamos al salón de baile y llegaba a nosotros como tímida brisa estival el aire tibio, empapado en olor de florés y perfumes; la profusión de luces nos deslumbra.

Soñando con los ojos abiertos, el ánimo mecido por la cadenciosa música, contemplo el brillante espectáculo del gran salón lleno de mujeres hermosas. Todas de ojos bellísimos, con ese ritmo secreto que da gracia y distinción en todos sus movimientos, en todas reina alegría exenta de coquetería, característica muy marcada en las mujeres de nuestra raza, pues, antes que mujer, es esposa y madre.

Miro las caras risueñas, las cabecitas primorosamente erguidas, la dulzura de la mirada de nuestras niñas e instintivamente pienso en las otras, las hijas de nadie, las que únicamente recoge «La Cruz Blanca».

Una conversación entre dos jóvenes me hace permanecer como clavada en mi sitio; deseo escucharla y saborearla hasta el fin.

Hablan de las mujeres con un desenfado que me subleva entera. Luego pretenden casarse con niñas delicadas y naturalmente labran su desgracia mutua; en ese nuevo hogar no habrá nunca comunión de ideas. Tiene esa niña que encontrarse con desagradables sorpresas, en esa falta absoluta de noción moral que existe en muchos jóvenes que disculpan sus ligerezas buscando excusas en sin razones, apoyándose en paradojas y errores que emanan de ignorancia absoluta de los preceptos morales cristianos algunas veces, de maldad otras, y siempre se fundan en pasiones mal gobernadas. Los matrimonios formados con una diversidad tan absoluta de criterio y de sentimientos, lejos de cumplir con sus altos destinos, son cadenas que se arrastran a más no poder.

No pude seguir escuchando lo que hablaban. El murmullo sordo de la alegre muchedumbre, el concierto de las palabras y las risas, suena por sobre la conversación que escuchaba. Eso sí que al oír mi nombre, vuelvo instintivamente la cabeza y veo que al grupo ha llegado un joven que me mira con deseos de acercarse. No lo conozco, pero un amigo lo presenta y me dice que desearía hablar algo privado conmigo.

El acento de su voz me hace presentir de lo que se trata; estoy acostumbrada a recibir las más extrañas confianzas, y con esto veo que mi juventud declina y la tarde de mi vida se acerca. Todo me lo advierte. Mi naciente vejez

está exenta de melancolía. Cada edad tiene su belleza y es la vejez más hermosa, cuanto más serena, y cuanto más se sale al encuentro sin esperar que nos doblegue. Mis sentimientos no han perdido un ápice de su frescura, contemplo la vida con amor, por lo que ella encierra de bello, y cada día me descubre nuevas y delicadas sorpresas. Si mi existencia fuese sedentaria, moriría sin duda de tedio, pero está llena de emociones y matices.

Todo en mi hogar respira paz y sosiego, y aquí donde el amor hizo su nido, y donde mis manos acarician a los míos, tengo nostalgias de almas que no sintieron jamás un amor puro, ni los goces del espíritu.

Deleitosa como ninguna esta manera de vivir, ignorando el mal en medio de las muchedumbres, soñando que no hay más amores que aquel hondo amor puro bendecido por Dios; quiso Dios despertarme de aquel sueño en que vivía, mostrándome la vida y haciéndome bajar a la tierra, cuando más alto y descuidada caminaba. Fué como si me hubieran puesto unos lentes de maravillosa potencia en los ojos de mi alma. A donde quiera que ellos se asomaran, veía el dolor, ojos arrasados en lágrimas, labios temblorosos y manos suplicantes. Y cuanto bajé al fondo de algunas almas y las mire intensamente, las tristezas y tormentos que descubrí en ellas, me hicieron abrir los brazos y estrecharlas sobre mi corazón. ¡Hay infinitas melancolías ignoradas en

el fondo de las almas, y en los abismos de la miseria humana!

Es así como se ha ido descorriendo la nube que empañara mis ojos, y como con este lente maravilloso, prestado sin duda por Dios, he podido ver muchos dolores y he sido confidente de muchas miserias.

Para escuchar, sin ser interrumpidos, las confidencias de mi nuevo conocido, lo convidé que saliéramos al jardín.

Una blanca quietud reina en la noche; nada se mueve; la luna se levanta sobre el horizonte como globo de plata. Bajo la luz plateada las flores despiden colores diáfanos y difusos; en la pila el murmullo del agua rompe blandamente el silencio con vagos rumores de suspiro.

Quedo habla, como si temiese que su confidencia fuese escuchada por oídos indiscretos. Me cuenta toda la historia; la misma que tantas veces he escuchado ya de otros labios. ¡Una víctima más; otra de las que a diario piden se les saque de la horrible esclavitud blanca! Se ofrecía él para salvarla. Su cuerpo nervioso temblaba de emoción, y su voz tomaba acentos quejumbrosos en que vibraba toda su sensibilidad, en una nota humana y doliente.

Por las ventanas abiertas salía la luz, y los sonidos de la música frívola de baile, toda aquella algazara clavábanse en mi alma llenándome de melancolía los contrastes de la vida y el claro obscuro de las almas. Toda aquella elegante

muchedumbre que se movía vertiginosamente al compás de la música, semejaba una triste mascarada. ¿Por qué aquel joven en medio de esa fiesta sentía ese deseo grande de sacrificio? Su alma era un enigma para mí de conflictos extraordinarios. ¿Nada había saciado sus ansias de felicidad; el mundo no había cumplido sus doradas promesas? ¿Qué instinto lo guiaba a salvar esa pobre indefensa víctima? ¿Era un sentimental? ¿Era un creyente? Pretendió adormecer su fe, y la fe que se escondía a la luz del sol, hace su aparición impetuosa en la noche de un baile y lo impulsa a la mayor y más grande de las obras de misericordia: ¡la redención de esa alma!

.....

.....

Impaciente nos aguardaba en la puerta del convento nuestro nuevo amigo. Como habíamos tardado un poco, temía nos hubiéramos olvidado. Habíamos quedado de juntarnos esa mañana para ayudar a la pobre niña salvada por él.

Apareció tras la reja del locutorio María. Su semblante fatigado, cuerpo alto, delgado, elástico, daba la impresión de esas flores descoloridas criadas sin aire ni luz, consumidas por falta de oxígeno. Rubia como capullo de seda, y aunque sus ojos eran claros estaban llenos de matices y luz.

—¿Está contenta aquí?

—Si no fuera por estas rejas que me hacen el efecto de estar prisionera, lo estaría.

En ese momento entra una joven de rostro tranquilo, con expresión de mansedumbre y felicidad, la tez pálida, el cabello castaño y copioso, ojos profundos, negros, como quien mira sin ver, y divisa algo más allá de la vida. La boca pequeñita y de labios finos, la barbilla redonda y graciosa, emanaba de todo su semblante algo divino.

¡Qué contraste tan curioso encierran las almas! Se acerca a la reja, a esa misma reja que hacía un instante causaba horror a María, y la besa.

—Mi alma, dijo, ansiaba esto, y no hallé sosiego hasta que tras estas rejas me encerré y como las amo tanto, por eso las beso.

Sus palabras vibraban límpidas, parecía su voz divinizada.

Era una postulante que acaba de entrar, hija de una de las directoras de “La Cruz Blanca”, a quien sin duda Dios quería recompensar, llamando a su hija a la vocación sublime del Buen Pastor.

En la historia eterna del sentimiento humano, en sus páginas más blancas y mejor vividas, vibrarán siempre como eco lejano del Paraíso perdido las bodas espirituales de algunas almas, haciéndonos sentir nostalgias de lo que pudo ser nuestra vida sin esa primera caída, y mostrándonos, que es posible el predominio del espíritu sobre la materia y que hay flores delicadas de amor y santidad, a quienes la vida sonrío, que han sabido sacrificarlo todo, y en el despojo

absoluto unirse más y mejor a su Dios... No han buscado sólo esas almas el amor de Dios para reposar y dormirse en el divino regazo. Inflamadas de caridad, descienden a las almas que caen y que desean salvar y regenerar. Estos seres escogidos por Dios, marcados por suyos con amor, no son seres excepcionales, rayos de luna, ni sombras errantes, como han querido pintarlos los profanos: son débiles mujeres de carne y hueso, amasadas en el sufrimiento y en la negación constante. No divagan con fantasías de cerebros, desequilibrados: son cabezas firmes y corazones razonados y curtidos en la escuela del deber y el sacrificio. Para llegar, han necesitado luchar.

¡Qué lecciones de vencimientos nos dan esos cuerpos frágiles que parecen ya todo espíritu...!

En general se busca el ideal en la vida fácil, sensual y cómoda, dando el predominio a la materia sobre el espíritu: ¡Es un ideal pagano! No hay águilas rampantes, ni nidos en picachos elevados que tocan casi el cielo. Somos siempre, o pájaros inquietos o reptiles que nos arrastramos por el suelo y el lodo. Y la vida no es eso. Vivir su vida no es el sentido que le dan tantos. La vida tiene un sentido casto y profundo: la inclinación de la materia a gozar de todo, no es norma ni ley de un entendimiento ni de un corazón recto, son desviaciones de la imaginación y refinamientos del sensualismo, cualidades de hombres decadentes.

Las almas grandes desprecian esos placeres de los sentidos y buscan vivir su vida en la negación, levantándose así, en medio de este mundo material, esa raza de héroes que concibieron la Noche Obscura, Las Siete Moradas y La Llama de Amor Vivo, en que más se alejan de los goces de la materia, más se acercan a los goces verdaderos que emanan de la belleza misma. «Donde beben belleza los genios, los justos, los santos, los buenos». (1)

.....
Declina la tarde, ocúltase el sol tras la cordillera, el blanco sudario de nieve tíñese de rosa tenue.

Los montes lejanos tórnanse de colores oscuros misteriosos, principia el reposo de la tarde en la ciudad que va cerrando el párpado de las cosas. En la penumbra del anochecer brillan las luces por las ventanas de los hogares.

¡Con aterradora elocuencia hablan a mi alma esas otras vidas, sin luz ni hogar! ¡Cómo no pensé antes, que nos cabían responsabilidades en esas almas que se pierden!

La novedad de mis pensamientos me produce una sorpresa extraña. La vida ha sido para mí hasta hace poco, un sueño hermoso del cual pude despertar con la muerte.

Vivía «sin vivir en mí», como aletargada en mi

(1) El Cristo de Velásquez, de Gabriel y Galán.

propia felicidad, rendido el entendimiento a lo que yo creía y veía de la vida, dormida la voluntad y perezosa. ¡Qué despertar! Un fuego extraño me abrasa y un deseo incontenible me impulsa a la acción. ¡Las hijas de otros, las de nadie, las que todos abandonan en sus desgracias!

Todas esas reflexiones bullían en mi cerebro cuando volví esa tarde a mi hogar, después de la conversación con la pobre María.

Las revelaciones, las intuiciones de mi alma de mujer, con las que descubría lo que sus palabras decían, los desencantos, cuyo solo relato a medias, espanta.

Y después las melancolías, el horror de esa vida... ¡Y que haya quienes se atrevan a enrostrar a estas indefensas víctimas la marca de fuego de su vergüenza y deshonra...!

Cuando la escuchaba, inmóvil en la penumbra del locutorio, detrás de la reja, solas las dos, se me presentaban en los rincones más oscuros de la pieza todos los acusadores; ella y yo sollozábamos. ¡Pobres sombras trémulas! ¡Vosotras erais las criminales! Ella la víctima, su defensor el Divino Maestro que os repetía de nuevo: «El que en medio de vosotros se encuentre sin culpa, arroje la primera piedra».

La luz de la lámpara del corredor diseñaba, afuera, su perfil; las huellas de dolor de su rostro marchito en capullo, la desilusión de su alma, ese mirar sin nitidez y frescura, la contracción de todas sus facciones.

¡Y ese pobre corazón humano, cansado a los 18 años de sufrir martirios que no pueden relatarse, descansaba! Pero, era el horrible descanso de los que no aguardan ni esperan, ni desean, ni piden nada a la vida. ¡La noche del alma! Y sobre esa tumba, bajo la cual enterraba su corazón, tenía sed de lo que la vida le negara teniendo derecho a ello! ¡Ser esposa y madre honrada!



EL ALFARERO

¡Siento un canto dentro de mí! Cántico extraño, armonioso y dulce, canto con sabor a eternidad; las cosas creadas se esfuman en la nada al son de esta misteriosa y secreta canción.

Con el ritornelo de este cántico nuevo no aprendido, me dormí y soñé: llegaba a un país maravilloso todo de luz; en que los seres y las cosas recibían vida de una palabra que era un foco de fuego, fuego que ardía sin quemar y quemaba sin arder, más brillante que el sol mismo; al mirar el astro rey a través de este foco, era opaca y entenebrecida luz, la que el sol derramaba.

Esta palabra esculpida en todo, y en cada cosa, tenía vida propia, y daba vida.

El aire del país de mi ensueño, parecía repetir en su murmullo cadencioso:

«¡Sólo El Amor ha creado el mundo, y sólo El Amor lo mueve!

El latido vital de todo corazón no tiene otro ritmo. ¡El que no ama no vive!»

Haciendo entonces un esfuerzo para sacudir

el sopor, que me invadía durante el sueño, respondí:

¿Cómo? En la tierra en que yo vivo lo he visto achicarse tanto, no sale del pobre y miserable yo, todo se reduce a amarse a sí mismo, no se conoce, casi, el amor que da vida y sale de su egoísmo. ¡Se disfraza, y engaña, con la música de la palabra!

¡Qué de crímenes no se cometen en la tierra en su nombre!

¡El amor, por quien todo vive y se mueve, el amor por quien el hombre lucha, sufre y muere, el amor que ha dado luz a tantas almas, en el mundo se ha profanado! Ved sus ruinas, esos ríos de lágrimas, esos charcos de sangre, esos pantanos de fango...

Al terminar de hablar, parecióme que el Foco de Luz despedía mayor brillantez y su luz me abrasaba y penetraba por completo. Deslumbrada sentí que profundizando en la semipenumbra que me producía la claridad, comprendería mejor que el Amor es donación, principio y fin de todo, y del cual todos recibimos vida, y la damos. ¡Todo en el universo es *Amor!*

La luz entonces se acercó a mí, y para hacerse tangible tomó forma humana. ¡Nunca jamás contemplaron mis ojos rostro igual!

— «Ven, me dijo. Sígueme, ¡quiero mostrarte algo!»

Y diciendo esto emprendió la marcha. Llegamos a una ciudad desconocida, habitada por gen-

te que antes había visto, sin poder precisar donde. No sólo las veía, sino que tenía en la vista una luz, que penetraba hasta lo más íntimo del yo interior de cada una de las personas que encontraba en mi camino.

Todas llevaban dentro la misma luz; en unos era una chispa incandescente, el cuerpo la envolvía por completo y no lograba traspasar la opacidad de la materia; los fulgores que daba se detenían en algo que las alumbraba oscureciéndolas. Esta luz era más opaca en unos, alcanzaba alguna claridad en otros, los menos, eran como transparentes, la materia parecía ser iluminada por dentro esparciendo luz en cuanto los rodeaba, y se acercaba a ellos; estaban como poseídos por un fuego interior.

Comprendía cómo se iba operando esta transformación de los seres en luz; los semblantes que llevaban huellas de dolor, eran más transparentes, más iluminados por dentro, y tenían resplandores que alcanzaban a dar luz aún a otras almas oscurecidas, y cuya chispa incandescente estaba por extinguirse.

Quise detenerme aquí, era tan nueva esta manera de ver por dentro, pero mi Compañero aceleraba más la marcha, como para salir luego de la ciudad.

«No, me dijo, no es con este objeto que te he traído aquí, es para que comprendas mejor lo que luego te mostraré».

Llegamos de nuevo a despoblado, a la ladera de un monte muy alto, miré hacia la cumbre.

«Estás cansada, me dijo mi Compañero, ¿quieres reposar antes de empezar la ascensión?»

«Es que ya no puedo más, le respondí, ¿dónde me llevas?»

«Al monte de la vida».

«¿Y quién eres tú, que tanto poder tienes para hacerme seguirte en esta forma?»

«Cuando llegemos arriba, donde habito, lo sabrás; mientras, llámame como quieras, soy Maestro Alfarero, fabrico cacharros de barro».

«Sigamos, le respondí, tus palabras son más dulces que la miel, reposan, dan fuerza, quiero ir donde Tú habitas.»

Mientras caminaba, iba dejando caer palabras, al parecer entrecortadas.

«El que ama de veras, se olvida de sí».

«Para El, lo único que vale es el bien ajeno.»

«¿Quién es capaz de semejante amor? Los mejores hacen sólo intentos...»

«No se encuentra pleno sino en Dios, en el gesto supremo de la creación».

No sentía el camino, caminaba como en el aire: ¡qué bello era todo! ¡qué perfume exhalaban las palabras del Alfarero! ¿Serían acaso las flores de la montaña? Nunca sentí perfume cuando hablaron los hombres de abajo.

Iba como en suspenso, sintiendo al seguir sus huellas, el mismo cántico extraño con que me dormí.

Llegamos por fin a la cumbre, no había habitación alguna, sólo tierra de diferentes clases y color: negra, gredosa arcilla, y nada más.

El Alfarero se aproximó a la arcilla y la tocó acariciándola; qué suave es, me dijo, cómo la amo; la tomó en sus manos y se acercó a un arroyo cristalino que en su murmullo parecía hacer eco a mi canto de dentro, al menos así me pareció; era como el acompañamiento de la respiración del Alfarero al acariciar la arcilla. Al mezclar la arcilla con el agua, quise detenerlo; esas manos más parecían hechas para coger flores que para enlodarse con barro.

«Alfarero, le dije, no, no hagas eso, es barro, mancha y hiere Tu delicada piel.»

Me miró sonriente y respondió: «No puedo, sé que es barro, es más fuerte que yo, ¿no sientes tú algo del canto que llevo dentro? Necesito darme y crear del barro.»

«¡Todos son vasos de barro y a todos les he dado yo vida! Y todos tienen sed, los hago abiertos hacia arriba para llenarlos sólo yo; cuando los colman las criaturas, odian el líquido que siempre dejó en ellos el amargo zumo, gusto a tierra; los vasos llenos de fango, viven desesperados, no pueden lavarse solos, necesito sumergirlos en las ánforas que yo preparo.»

«Tú también eres barro, pero quiero hacer de ti ánfora, por eso te he traído hasta aquí; necesito muchas ánforas, vaciadas de lo terreno, fra-

guadas en el dolor, para que puedan dulcificar todo el dolor de la tierra que algunos de mis vasos contienen y verterse como amor misericordioso, a fin de que yo pueda poner de nuevo flores que vivan y me den su aroma, en esa agua clarificada por mis ánforas.

«Quiero sentir que el barro también sabe cantar en mis dedos; en cada átomo de tierra, pondré algo de mí mismo. ¿Sientes cómo se caldea con mi aliento el ánfora que modelo?»

«Alfarero, es que tus manos juntan por fin, ¡la nada con lo infinito!»

«Quiero que las almas hallen al beber en ellas el perfume mismo de la sangre vertida, del propio corazón, que tiene para mí el sabor de los panales al extraer la miel.»

«Alfarero, dime: ¿que el barro acaso siente, tiene corazón? Yo he buscado amor y vida en lo puro, en las estrellas, en el cielo.»

«No mires arriba al cielo estrellado, yo te quiero a ti, ánfora mía junto a mí, ven, recoge con tus manos esta tierra negra, fangosa, no quiero que la huellen ni fieras, ni reptiles, ni gusanos viles. Recógela, llévala contigo; te he dado el mismo poder del Creador, oprímela contra tu pecho, amásala con tus lágrimas, dale vida. Hazla un ancho vaso en la cual puedas verter agua cristalina y pura, para poner las rosas de la primavera que yo haré florecer...»

.....

Y el Alfarero se unió al barro como no se une nada en la vida, más que dos rayos de luz, más que dos almas, y su aliento caía sobre el ánfora que labraba y enrojecida por el calor gemía cantando para tener vida y poder luego darla.....
.....

INDICE

Págs.

Prólogo..	5
La nieve y la charca	11
La niña de los pies descalzos	15
El refugio	23
Un golpe de gracia..	33
Ciega	41
¡Ella!	49
Una madre como hay muchas	63
Elena	71
Flor de pantano	81
Las víctimas	87
La historia trágica de algunas	95
Ave de rapiña	107
Una redimida	119
El alfarero	129

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

IMP. UNIVERSO.